¿Qué es ser de izquierdas (hoy)?

JOAN HERRERA

—

Fraternidad y ecología

Prólogo de
Ignacio Sánchez-Cuenca

Epílogo de
Mónica Oltra

« Lo que hoy necesitamos es una izquierda fraterna. Fraterna para incluir ante las identidades excluyentes; para no fragmentarse ante la magnitud de los desafíos ecológicos; sabiendo que el relato es importante, pero aún más relevante son las políticas y las condiciones de vida de la gente. »

CATARATA

¿Qué es ser de izquierdas (hoy)**?**

JOAN HERRERA

—

Fraternidad y ecología

Prólogo de
Ignacio Sánchez-Cuenca

Epílogo de
Mónica Oltra

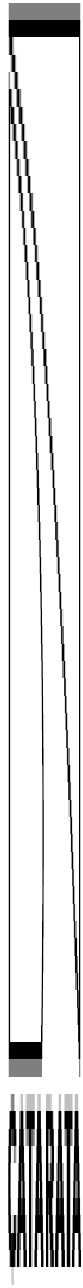
« Lo que hoy necesitamos es una izquierda fraterna. Fraterna para incluir ante las identidades excluyentes; para no fragmentarse ante la magnitud de los desafíos ecológicos; sabiendo que el relato es importante, pero aún más relevante son las políticas y las condiciones de vida de la gente. »

CATARATA

Joan Herrera

Fraternidad y ecología

Prólogo de Ignacio Sánchez-Cuenca
Epílogo de Mónica Oltra



serie ¿qué es ser de izquierdas (hoy)?

Diseño de la colección: Pablo Nanclares

© Joan Herrera, 2019
© IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA, DEL PRÓLOGO, 2019
© MÓNICA OLTRA, DEL EPÍLOGO, 2019

© Los libros de la Catarata, 2019
Fuencarral, 70
28004 Madrid
Tel. 91 532 20 77
www.catarata.org

Fraternidad y ecología

ISBNE: 978-84-9097-873-3
ISBN: 978-84-9097-839-9
DEPÓSITO LEGAL: M-29.929-2019
IBIC: JPF

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

PRÓLOGO

A pesar de la extraordinaria sacudida que supuso la gran crisis de 2008 para el capitalismo financiero y globalizado de los países occidentales, la economía no ha cambiado mucho desde entonces. Con pequeñas variaciones, las reglas básicas de funcionamiento del capitalismo financiero son las mismas de antes. Quizá la única novedad reseñable hayan sido las políticas monetarias seguidas por los bancos centrales, consistentes en dar liquidez casi ilimitada al sistema financiero. Los grandes poderes económicos han sobrevivido; hoy son incluso más poderosos. La globalización sigue sin control. Y, aunque la ortodoxia del pensamiento económico neoliberal ha sido cuestionada en la esfera pública y en ámbitos académicos, mantiene, sin embargo, su hegemonía intelectual en "el mundo real" (instituciones internacionales, gobierno, bancos, etc.).

Este inmovilismo contrasta con lo sucedido durante la Gran Depresión. En los años treinta del pasado siglo, el capitalismo sufrió una importante transformación. De forma independiente, se experimentó con políticas intervencionistas en Suecia, en Estados Unidos, en Alemania y en algunos otros lugares. En lugar de recurrir a políticas de ajuste, se jugó con la inversión pública y la demanda. Fue en esos años cuando Keynes revolucionó la macroeconomía, sentando las bases de lo que tras la Segunda Guerra Mundial serían los "treinta gloriosos", las tres décadas de crecimiento con un equilibrio razonable entre capital y trabajo.

La gran pregunta, pues, es por qué la gran crisis de 2008 no ha servido para reformar el sistema económico. La unión monetaria, por ejemplo, conserva buena parte de sus rasgos disfuncionales. Se ha avanzado en los cortafuegos a las crisis financieras, se ha avanzado también en una mayor coordinación en las políticas económicas, pero no se han producido cambios de calado en el entramado institucional del euro.

Curiosamente, la política ha mutado en mayor medida que la economía. Hemos sido testigos de la descomposición de los sistemas

tradicionales de partidos, así como de la aparición de nuevas fuerzas políticas y nuevos estilos de liderazgo. La política no fue la causante de la crisis, pero la crisis se ha llevado por delante a los partidos políticos, a los socialdemócratas especialmente.

Quizá los terremotos políticos que estamos contemplando estos años sean consecuencia, precisamente, de que los estados no hayan sido capaces de modificar el rumbo de las cosas. La percepción de que se ha perdido el control, de que la economía se ha emancipado de los poderes políticos, está en la base de esa sensación de rabia, desamparo e impotencia extendida entre capas amplias de las sociedades occidentales. Al fin y al cabo, lo que tienen en común todas las fuerzas políticas no convencionales, ya sea por la derecha o por la izquierda, es una reivindicación de soberanía, de mayor control. Uno de los lemas más importantes de la campaña derechista del Brexit fue "Take back control", para liberarse de la burocracia europea y para frenar la entrada de inmigrantes. Si miramos a la izquierda, la reclamación de soberanía se realiza para revertir el desorden de la economía global, para imponer una tasa a las transacciones financieras, para poder tener un contrapeso a los poderes económicos. La gente que pide mayor soberanía o mayor control sobre el capitalismo lo hace porque las instituciones y partidos de toda la vida no han sido capaces de afrontar los problemas de inseguridad económica ni de compensar adecuadamente a los perdedores de la crisis.

Cabría pensar que la coyuntura actual es favorable a la izquierda. La izquierda ofrece una visión del mundo más prometedora. El libro de Joan Herrera es una buena muestra. Presenta una visión atractiva de futuro, yo diría que imbatible, basada en los ideales de la Revolución francesa (libertad, igualdad y fraternidad), con un componente crucial de ecologismo. Una sociedad fraterna y ecologista, fundada sobre un ejercicio de democracia política y también de democracia económica. Con una fiscalidad adaptada a los tiempos que corrija la desigualdad que genera la injusta distribución de riqueza, oportunidades y habilidades en el capitalismo globalizado de nuestro tiempo.

¿Quién puede resistirse a una sociedad más igualitaria, solidaria con los más desfavorecidos, respetuosa con el medio ambiente, basada en una democracia vigorosa y profunda? No estamos hablando de una utopía, de la destrucción de la propiedad o del Estado, de una sociedad sin clases; lo que propone Joan Herrera entra dentro de lo realizable. Y además apuesta por avanzar mediante esa misma fraternidad que defiende como cemento social, es decir, mediante una colaboración respetuosa entre las distintas izquierdas, entre las más posibilistas y las más impetuosas, sin grandilocuencia, pues, como él mismo subraya, lo verdaderamente revolucionario es… avanzar. Una izquierda que no se consuma en la defensa de ideales sublimes, sino que preste atención a las políticas y, por

tanto, aproveche cualquier resquicio en el espacio del poder para progresar hacia sus objetivos últimos, una sociedad igualitaria con una economía que no destruya el medio ambiente.

Y, sin embargo, la izquierda se encuentra lejos de poder transformar la sociedad. Los antiguos partidos comunistas han desaparecido, los partidos socialdemócratas se encuentran en su peor momento desde la Segunda Guerra Mundial, los partidos de nueva izquierda han ganado terreno en algunos países, pero resulta difícil imaginar que vayan a superar el umbral del 20% electoral, y los partidos verdes, aunque en ascenso, siguen confinados a ser un posible socio menor en una coalición de gobierno. No es un panorama muy alentador.

Las razones por las que la izquierda, pese a ofrecer un modelo de sociedad más atractivo que el actual, no consigue abrirse paso son muy complejas. Herrera atribuye una gran importancia al combate cultural, a la transformación de nuestro sentido común. Y señala que en la batalla de las ideas la izquierda va con retraso. La derecha, sobre todo en Estados Unidos, comenzó a rearmarse ideológicamente en los años setenta, tras el gran ciclo de movilizaciones y protestas de finales de los sesenta. Distintos grupos económicos invirtieron masivamente en fundaciones y *think tanks* que se dedicaron a cultivar una ideología económica, el neoliberalismo, y a propugnar la despolitización de la economía. La izquierda no supo hacer frente a esa ofensiva intelectual. John Roemer, uno de los grandes teóricos de la izquierda, piensa también que en el origen de la desigualdad creciente en Estados Unidos se encuentra la hegemonía cultural del individualismo neoliberal construida por esa red de instituciones destinadas a promover ideología.

No obstante, resulta inevitable preguntarse si una izquierda construida con una base social e institucional más sólida podría llegar mucho más lejos que la actual. Una de las características de nuestro tiempo consiste en que se haya estrechado tanto el margen de lo posible. Tanto se ha estrechado que los partidos nuevos de izquierda se contentan con una vuelta a las esencias socialdemócratas, las de aquel periodo en el que los partidos socialdemócratas no habían aceptado todavía una parte del ideario neoliberal.

La economía se ha enseñoreado de muchas dimensiones de la vida social. Hemos ido subordinando ámbitos de la existencia cada vez más extensos a la lógica del capitalismo. Si la izquierda consigue romper esta tendencia, será porque abandere la causa ecologista que defiende con tanta elocuencia Herrera. Dicha causa va a requerir formas de hacer política distintas de las que se han practicado en los últimos tiempos, formas que se zafen de las constricciones que hoy paralizan a las fuerzas progresistas en los países desarrollados.

***

El estilo con el que está escrito este libro revela con precisión la naturaleza de su autor. Joan Herrera ha sido siempre un político y un activista que defiende sus tesis desde unas convicciones sólidas y bien pensadas. Aparte de la afinidad intelectual e ideológica que pueda sentir hacia su figura, a mí siempre me ha interesado lo que decía por ser uno de los pocos políticos que no utiliza clichés ni recurre a argumentarios ni es agresivo u ofensivo con sus rivales; además, siendo una persona de izquierdas, ha evitado los rasgos más cargantes de quienes abrazan estas ideas (dogmatismo, sectarismo, superioridad moral). Siempre ha intervenido en el debate público con posiciones reflexivas que enriquecen la deliberación colectiva. Este libro es una buena muestra de todo ello: el autor presenta sus ideas de forma clara y directa, apelando al entendimiento y la cooperación entre las diferentes corrientes que atraviesan la izquierda. Muestra que se puede debatir sin utilizar el garrote. Y dibuja con trazos sugerentes las grandes líneas que puede recorrer en el futuro una izquierda verde y fraterna.

IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA

Introducción

Fraternidad y ecología pretende ser una reflexión breve de lo que a uno le gustaría que fuera la izquierda.

No busquen un libro equilibrado en sus partes y sus reflexiones. Este opúsculo tiene mucho de manifiesto. En él he volcado mis inquietudes, algunas reflexiones sobre el sentido de ser de izquierdas, sobre la necesidad de una izquierda fraterna, en la que la igualdad sea una guía y en la que el ecologismo pase de adjetivar la izquierda a ser un principio sustantivo.

En este texto he querido destacar la relevancia de los nuevos marcos de construcción cultural, en los que la digitalización y la inmediatez adquieren tanta fuerza, para finalmente hacer una propuesta, más aproximativa que concluyente y más por descarte que por opción, de cómo deberíamos responder y organizarnos. La propuesta que aquí esbozo se define, de este modo, desde la duda. Y, por tanto, aceptando que todo o casi todo es discutible.

Es en España donde se produce un fenómeno como el del 15M y donde, mientras en el resto de Europa se da una ola de derechización sin precedentes, existe una energía progresista y de izquierdas que permite liderar otro tipo de políticas. Es muy probable que el recuerdo de la dictadura de Franco (y añado la de Salazar) se hayan constituido como el mejor antídoto ante giros reaccionarios que se producen en toda Europa. Nuestra sociedad es la que con mayor fuerza vive la reivindicación feminista, la que pone contra las cuerdas la homofobia que aún persiste, la que experimenta un municipalismo más innovador. Pero, a la vez, la amenaza de retroceso pesa en nuestra sociedad —de hecho siempre ha pesado—. Una sociedad capaz de lo mejor, de las mejores expresiones de apertura, de tolerancia, de innovación, y capaz de involucionar y cerrarse.

Y es en este marco en el que he querido hacer esta reflexión sobre la

necesidad de una izquierda, pero de una izquierda repensada. Podríamos optar por evitar el término "izquierda" para definir una agenda de transformación, equidad y ecología, pero creo que este es un camino equivocado. La apuesta es resignificar a la izquierda. A partir de la fraternidad, de la ecología como elemento sustantivo, de la asunción de la complejidad. Una izquierda que necesita de organización —conocida es la máxima gramsciana de que las "ideas no viven sin organización".

Reconozco que lo hago desde mi trayectoria política y militante, desde mi condición de haber sido más militante que activista, incluso habiendo sido las dos cosas. Y desde un partido y una experiencia política, la de Iniciativa per Catalunya Verds (ICV), que podemos decir que fue la más nueva entre la vieja política, y a la vez, como algunos dirán, la más vieja de la nueva política.

Igualdad, libertad, fraternidad. Las máximas de la Revolución francesa permanecen vigentes. Son valores e ideales que podemos continuar atribuyendo a la izquierda, pero que también resultan insuficientes. ¿O es que alguien puede pensar en la izquierda sin reivindicar la innegable dimensión sustantiva del ecologismo?

La cuestión de ser de izquierdas puede resultar a estas alturas anacrónica, pero no deja de ser un vector de movilización y socialización que articula y desarticula a una proporción amplia de la sociedad. La razón de ser, pensar y actuar como una persona de izquierdas tiene hoy una total vigencia. La creciente desigualdad, no solo material, sino en el acceso democrático a la información; la disolución de los marcos deliberativos-democráticos a favor de la privatización y mercantilización del ágora de nuestro debate público, reduciéndolo al titular, el canutazo y el zasca; la destrucción de nuestro medio ambiente como última fase del capitalismo dan sentido a ser, pensar y actuar desde de una perspectiva de izquierdas y a dotarla de contenido.

Por otro lado, hay quien traduce esta voluntad por la querencia por lo común, lo compartido, dando por superada la división izquierda/derecha. Pero lo más relevante es si ese esquema, que se ha dado tantas veces por enterrado, acaba siendo el eje sobre el que el que finalmente se construye gran parte de la socialización política. Dicha articulación es muy propia del Sur de Europa, y sin lugar a dudas influye más en aquellos países con mayor desigualdad, con condiciones materiales de vida más deterioradas, pero también allí donde hay un mayor recuerdo de las dictaduras. No son casuales los resultados y el comportamiento electoral de España o Portugal, incluso los resultados griegos. Es por ello que esa construcción de la izquierda no solo tiene mucho de realidad material, sino también de construcción cultural e identitaria. Ahora bien, esa construcción cultural de la izquierda ¿es capaz de ampliar fronteras o debe, en cambio, conformarse en esa correlación de fuerzas que se alternan, incapaz de

construir una hegemonía cultural distinta?

La cuestión, a mi entender, no es tanto si se supera tal esquema como si la izquierda, si la cultura de izquierdas, puede superar sus propias fronteras para volver a levantar un escenario de amplias mayorías en el que sea posible una construcción hegemónica de valores y de transformación de las políticas.

Si hoy necesitamos algo en la izquierda es una izquierda fraterna. Fraterna con el otro, pero también fraterna con los suyos. Fraterna con personas de otras latitudes, de otras culturas, ante el repliegue identitario excluyente. Fraterna para debatir sin discutir. Fraterna para compartir. Fraterna para no fragmentarse. Fraterna ante el tamaño de los desafíos. Fraterna para no descalificar. Para entender que el otro no es un vendido o no es un indocumentado. Fraterna para preocuparse más de las políticas que de los relatos, para entender que lo principal son las condiciones de vida de la gente y que el cómo esta te perciba solo es relevante en función de la máxima de mejorar dichas condiciones.

Para mí ser de izquierdas es entender que sin cultura del trabajo no se dan las circunstancias para cambiar las cosas. Es pensar en femenino, y que todas y todos actuemos como tal, y entender que no hay esfera pública y esfera privada. Ser de izquierdas es creer en la economía de los cuidados. Ser de izquierdas es asumir que lo revolucionario es avanzar, y que cuanto peor, peor. Ser de izquierdas es encarar y no huir el encaje territorial. Ser de izquierdas es ser fraterno (y nada fratricida). Ser de izquierdas es hacer de la ecología un sustantivo, no un elemento adjetivador.

Capítulo 1

El mundo de ayer (o el mundo en el que ya no vivimos)

Tomo prestado el título *El mundo de ayer* del magnífico libro de Stefan Zweig, en el que describió un mundo que se desvanecía, el de finales del siglo XIX, y otro mundo que irrumpía de forma violenta con el auge del fascismo. Hoy estamos de nuevo en un escenario de tránsito, y es bueno reflexionar y saber de dónde venimos para saber qué evitar y dónde queremos llegar.

En la Roma clásica el esclavismo liberó a la plebe de trabajar para el patriciado y construyó una dictadura perfecta ofreciendo pan y circo. Hoy, el escenario de digitalización puede acabar representando ese circo de hace más de dos mil años. El confort y la felicidad se encuentran en un mundo que no tiene nada que ver con el mundo material, mientras en este se producen mecanismos de apropiación de la riqueza y también del trabajo.

Ante esta realidad es fundamental una agenda que proponga *pan*, es decir derechos, y *rosas*, es decir bienes culturales que nos hacen libres y también iguales. No basta con construir un relato, pero tampoco es suficiente con una agenda que cambie y mejore las condiciones materiales de la gente.

Marx decía que la revolución surgiría de las fábricas, no de los agricultores, ya que estos están dispersos. Siglo y medio después, las estrategias de dispersión del trabajador son, sin lugar a dudas, uno de los motivos por los cuales es tan difícil construir una alternativa. Una dispersión que no es solo geográfica, sino que también es organizativa. Incluso no hay una asunción cultural de pertenencia de clase.

George Lakoff escribió que la ciudadanía se siente más motivada con la "identidad moral y los valores" que con cualquier otra cosa. El reto es construir comunidad y conectar con el sufrimiento, pero también con la

vida, los anhelos y los sueños, construir un escenario de ilusión. Y si bien la propuesta debe fijarse también en el lenguaje, la respuesta no solo depende de una cuestión lingüística, sino de proponer ideas que muevan y transformen el marco, y que permitan abrir puentes que canalicen la resignación y el malestar.

Para ello, hay que construir un escenario de cambio a partir de la experiencia histórica acumulada. En la etapa de posguerra había dos asuntos que se discutían: la participación del trabajo en las decisiones de la empresa y el reparto de la riqueza. La distribución más igualitaria de rentas que la izquierda reclamaba pivotaba sobre ese ejercicio del poder dentro y fuera de los muros del centro de trabajo.

Ante el gran temor de las clases dominantes a la instauración de un modelo de poder alternativo en media Europa y la constatación del hartazgo de los trabajadores de un *statu quo* al que habían sacrificado a dos generaciones en sendas guerras mundiales, se produce un acuerdo en la distribución de las rentas, no así en la democratización de la empresa. Ello se tradujo jurídicamente en la consagración constitucional del derecho a la propiedad y a la libre empresa a cambio de la constitucionalización del derecho a la igualdad formal, la seguridad social y los instrumentos colectivos del derecho del trabajo (libertad sindical, huelga y negociación colectiva). A excepción de sus obligaciones fiscales y responsabilidades penales, y con algún elemento de control como el sindicalismo y la negociación colectiva, las empresas quedaron libres de trabas para determinar qué, cómo y en qué condiciones se produciría. La "época dorada" del trabajo, de los trabajadores y del derecho social tuvo como contrapartida la renuncia a discutir sobre el poder —y no solo el de su gobierno— de la economía y de las decisiones de la empresa.

El mundo que emerge tras la Segunda Guerra Mundial es un mundo en que se asume que la economía de mercado tenía que servir a los objetivos nacionales de pleno empleo. Parecía que aquella tendencia en que el capital dominaba por completo la economía había cambiado, o eso pareció en gran parte Occidente, restaurando un cierto control social sobre la economía. Karl Polanyi habla de la "gran transformación" que cerró el libro del liberalismo económico de los economistas ingleses. Hubo espacio para perseguir el pleno empleo y la seguridad social. Polanyi nos recuerda que, sin embargo, las medidas adoptadas por la sociedad para protegerse pudieron debilitar el funcionamiento del mercado y poner en movimiento un contraataque del capital para liberarse de los constreñimientos sociales.

Setenta años después, el modelo social y económico neoliberal ha roto claramente el acuerdo, no hay distribución de rentas (pérdida del poder adquisitivo), y se pone fin a las políticas de su redistribución (cada vez los ricos son más ricos y los pobres más pobres, mientras se adelgaza el Estado de bienestar).

En paralelo, la izquierda opera en un contexto de crisis ambiental sin precedentes. En la economía política inglesa aparece el trabajo como la fuente fundamental de valor, noción elaborada por Ricardo y apropiada por Marx. Los recursos naturales tienen valor siempre y cuando el trabajo sea utilizado para su extracción y explotación. En la economía neoclásica, los recursos naturales tienen valor si son escasos; así el aire o el agua no han tenido el valor que tenía el oro. Pero lo cierto es que la mercantilización de los recursos naturales y su impacto requieren una revisión a fondo de dichos planteamientos.

Y mientras tanto, funcionamos en un contexto, el español, con la creencia de que se empieza a superar la crisis. Pero lo cierto es que sus consecuencias se mantienen, con niveles de desigualdad y exclusión inaceptables. La crisis ha sido económica, social y política. Y continúa siendo ambiental. Económica por el desplome de la economía y porque con ella parecía desplomarse el proyecto europeo. Social porque las consecuencias fueron el incremento del desempleo y el repunte de la desigualdad. Y política porque el 15M era una impugnación a todo lo preexistente.

Sin lugar a dudas, el 15M expresa el hartazgo, el cuestionamiento de la representatividad de los que dicen representar, y la expresión de una movilización extraordinaria, fuera de los cauces tradicionales y habituales. Una impugnación sin precedentes. Si es cierto que las movilizaciones cambian conciencias, y aquella movilización cambió el patrón de pensamiento de multitud de personas, especialmente las más jóvenes, también es verdad que son los votos los que cambian políticas. Después de aquello se produjo la mayoría absoluta del PP, y el endurecimiento y mantenimiento de las políticas de austeridad. Es verdad, y muchas veces se ignora, que en aquellos años formaron parte del 15M otras movilizaciones que combinaban lo nuevo con lo preexistente. Los movimientos por una educación pública de calidad o por una sanidad digna se multiplicaron por el territorio. Y aquello se configuró como un frente, una mezcla de nuevos movimientos con aquellas personas, colectivos y organizaciones que habían articulado la defensa de los derechos públicos. Hubo quien movilizó a aquellos que nunca nadie había organizado, y la Plataforma de los Afectados por la Hipoteca (PAH) fue un claro ejemplo. Pero es curioso que, cuando recordamos esos momentos, olvidamos cuál fue una de las movilizaciones más potentes al inicio de la presente década. El 29 de marzo y el 14 de noviembre de 2012 se convocaron sendas huelgas generales, con paros masivos, que intentaban frenar el principal instrumento de empobrecimiento de las clases populares del país: la reforma laboral.

En cualquier caso, igual que tras el Mayo francés la reacción electoral inmediata fue la victoria de De Gaulle, en España, las elecciones dieron como ganadora a la derecha. Ello no significa que las movilizaciones no

gestasen cambios estructurales. Así como la revolución de lo cotidiano, de la mezcla de la esfera privada con la esfera pública no se concibe sin Mayo del 68 ni sin el movimiento feminista, los cambios producidos en la sociedad española en materia de valores y libertades no se explican sin la movilización de los inicios de esta década, ni el escenario de cambio político que se dibujó en las municipales de 2015 o partir de 2018 a nivel estatal.

Creo que la clave estuvo —y así lo escribí tras el 15M— y continúa estando en el reconocimiento de legitimidades, no en la negación de la legitimidad de unos y otros. No es posible construir una nueva correlación de fuerzas con lo nuevo sin lo preexistente. No basta con lo que representó el 15M, al igual que no basta con lo que expresa y representa el mundo del trabajo a través de los sindicatos. Es necesario construir una nueva hegemonía para la izquierda desde el reconocimiento de todas las luchas y de todos y cada uno de los procesos de transformación que se han producido en el pasado.

¿Nuevo sistema de partidos o vuelta al bipartidismo imperfecto?

Una de las consecuencias de este nuevo periodo ha sido el cambio en el sistema de partidos: de un modelo de bipartidismo imperfecto a un modelo de cuatro grandes partidos. Si en la Transición la pugna en el terreno de la izquierda se había protagonizado entre el Partido Socialista Obrero Español y Partido Comunista Español, ganando el PSOE y relegando al PCE a una posición marginal, la batalla en el terreno de la derecha en la Transición hizo que fuese Alianza Popular (después del Partido Popular) quien ganase la hegemonía a Unión de Centro Democrático y después al Centro Democrático y Social.

Esa era la foto de nuestro sistema electoral, hasta que se inician las elecciones europeas de 2014 (seis años después del inicio de la crisis). Es a partir de ese momento en el que se anuncia primero, se vaticina después, se vislumbra finalmente, el fin del bipartidismo. La emergencia de las denominadas ciudades por el cambio, el resultado de las elecciones generales en 2014 y en 2015, cuando también se celebraron los comicios municipales, hacían pensar en el desmoronamiento del sistema de partidos. Una ola gigantesca avanzaba hacia la costa, y todo hacía parecer que la iba a conquistar. Por el camino se llevaba montón de experiencias existentes, unas interesantes, otras no tanto, que se habían venido cultivando desde la izquierda. La comunicación era nueva, la manera de penetrar entre las clases populares era distinta. Y la ilusión generada era extraordinaria. Por

fin se habían superado las fronteras tradicionales en la izquierda. En 2015 se conquistó la costa en ciudades y capitales; en las comunidades autónomas "traumadas" por años de gobiernos corruptos del PP, y allí donde a la "nueva política" se le sumaban tradiciones de izquierdas más profundas como es el caso del País Valencià con Compromís o Baleares con Més. Pero en el resto del país, el espacio de transformación liderado por las expresiones de la nueva política quedaba limitado —y no es un aspecto menor— a las ciudades.

Como ya he mencionado, en este tiempo se ha llegado a especular sobre la superación del eje izquierda/derecha. Movimientos como el feminismo o el ecologismo se sitúan más allá de él. Pero las elecciones generales de abril de 2019 hacen replantearse dicha superación. Más de un tercio de la población se ubica en el espectro ideológico a la izquierda (35%), una quinta parte lo hace a la derecha (21%) y otro quinto en el centro (22%). Miguel Álvarez, en un artículo en *El Confidencial* (17/1/18) señalaba que, a pesar de ello, había un 22% restante que no sabe o no contesta y que había que considerar "qué ocurriría si se preguntase desde otro punto de vista".

Es cierto, el eje izquierda/derecha explica muchas cosas, pero no lo explica todo. Álvarez afirma que "hay millones de españoles que no se dicen de izquierdas o no encajan en la metáfora bilateral y están muy descontentos con la gestión de la crisis, la corrupción y el lugar que se les asigna en el proceso de globalización". Por mucho que se diga que el eje izquierda/derecha ha quedado atrás, sigue rigiendo el comportamiento electoral de millones de personas.

Mi impresión es que hoy, dar por superado el eje izquierda/derecha supone enfrentarse a aquellos que reasignan los planos con una señal identitaria más fuerte: la nacional. El ejemplo lo tenemos en la resignificación de símbolos. Hay quien especuló sobre la resignificación de las banderas. Así, la bandera española, la legal y constitucional, se había resignificado con la victoria del mundial. Pero lo cierto es que en los últimos años ha recuperado su significado clásico, como pudo percibirse con el ondeamiento masivo de rojigualdas en la plaza de Colón en la concentración convocada por las tres derechas en febrero de 2019, expresión icónica que afectó al voto en las elecciones generales celebradas un par de meses después. El miedo fue la emoción que dominó en estos comicios, miedo ya no a la derecha, sino a la extrema derecha. Ese miedo, mayor que el que exhibía el lema "se rompe España", movilizó al electorado progresista.

El marco global, en Francia, en media Europa, en el Reino Unido, en Estados Unidos, en Brasil, es el de la reivindicación de identidades nacionales fuertes y a la vez excluyentes. En este contexto, en el que España no es excepción, ¿qué es mejor?, ¿dar por enterrado el eje

izquierda/derecha y aventurarnos en una nueva construcción identitaria para garantizar una agenda de transformación? ¿o bien repensar la izquierda para volver a dotarla de significado? A mi entender, el mejor de los caminos es resignificar la izquierda, y de ahí esta propuesta.

Así, una forma de articularla es empezar a pensar los principios con los que construir una propuesta de la izquierda para lograr la hegemonía cultural. Esa agenda ha de tener en cuenta aspectos materiales, porque no nos basta con relatos, y ha de intentar conectar además con la realidad emocional que nos envuelve y en la que actuamos. Una propuesta y una agenda basadas en un análisis de cuáles son los conflictos del presente, y donde se libra o puede librarse la partida en este siglo XXI. La propuesta, además de material, es cultural. Como decía al comienzo de este capítulo, quiere ofrecer pan y rosas, aquello que cambia la realidad y construye nuestros sueños.

Capítulo 2

Fratern@s o "nosotros solos"

La fraternidad significa empatizar con el sufrimiento del otro. Algo tan simple como entender a la persona distinta como una igual es clave para encarar el mundo de hoy y el que está por venir.

En un contexto de crisis global, con muchas incertidumbres globales, nacionales y personales, es fundamental la fraternidad como guía de reflexión, propuesta y acción. En sentido inverso, el motor de la reacción es pensar en el "nosotros solos", cuando una sociedad piensa que esta saldrá adelante al margen de lo que le pase a otras comunidades, países o continentes.

Naomi Klein ya previó que "en vez de reconocer que tenemos una deuda contraída con la población migrada que se ve obligada a huir de sus tierras por culpa de nuestras acciones (e inacciones), nuestros gobiernos erigirán un número creciente de fortalezas de alta tecnología y adoptarán leyes antimigratorias cada vez más draconianas".

Ciertamente, el "nosotros solos" es la expresión que recorre Europa y el conjunto del planeta. El "America first" de Trump o la solución mágica de la salida de la UE para los *brexiters* son expresiones homologables a la fuerza del Frente Nacional en Francia, al fenómeno de Orbán en Hungría, a la Liga en Italia, o al gobierno de Bolsonaro en Brasil. Todos estos movimientos recurren a la seguridad identitaria como espacio donde atrincherar todas las dudas.

De hecho, en Catalunya, la independencia también ha sido vista como un espacio de refugio y solución ante la magnitud de las incertidumbres abiertas en un escenario de crisis, cuya solución pasa por resolver la cuestión nacional/territorial y no por hacer frente a la desigualdad creciente y a los múltiples retos que tiene la sociedad catalana.

Se trata de concebir una izquierda fraterna, porque hoy la inmigración es un factor de construcción y deconstrucción de identidades, y de

desfiguración de los proyectos de transformación. También de la identidad de la izquierda. La inmigración está siendo un vector de derechización de las clases populares en numerosos rincones de Europa y del planeta. Un fenómeno que se ha sucedido a lo largo de la historia, hija de la miseria y la pobreza, de los conflictos bélicos, pero un fenómeno que se va a multiplicar enormemente, fruto de las migraciones climáticas que están por venir. La marcha de los "caminantes blancos" de *Juego de tronos* no deja de ser una aproximación metafórica de lo que puede estar por llegar. Y, lamentablemente, la deshumanización del migrante, del que nos llega, del que nos "invade", es una de las grandes batallas que debe dar la izquierda: poniéndose en la piel del otro, humanizando sus vidas, empatizando con su sufrimiento.

Ante este escenario creo que son significativas las respuestas colectivas, que piden marcos continentales y a poder ser globales. Los Fridays For Future o la ola verde y ecosocialista que ha recorrido Europa son buena expresión de aquello que necesitamos. Iniciativas basadas en la fraternidad. La cuestión es si dichas repuestas son lo bastante sólidas como para construir lazos solidarios frente al "nosotros solos". Y es que el problema no es solo lo que vivimos, lo que viven y sienten los *blue collards* del Medio Oeste americano; el francés de la Francia vaciada —que también existe—; o la convicción del que cree que con un Estado unitario o una Catalunya independiente lo va a tener todo solventado. La cuestión es cuáles son las pautas culturales en las que el sentimiento de pertenencia a un lugar llamado mundo, o si se prefiere Europa, que es donde se decide nuestra suerte, es más fuerte que los factores de permanencia a nuestra comunidad inmediata.

El punto de partida es tener una visión (mínimamente) crítica del funcionamiento del mundo. Construir esa visión. Leer críticamente aquello que pasa. Y, por supuesto, empatizar con el sufrimiento del otro.

Pero la fraternidad también se refiere al nosotros. A las izquierdas. De hecho podríamos enunciarlo en negativo; la izquierda no sectaria. La fraternidad es la antítesis del sectarismo, es decir, se basa en la capacidad de reconocer a aquel que no es igual y aprender del que es distinto.

Hoy necesitamos construir culturas organizativas que sepan cuidar del prójimo que no está junto a nosotros. Entender que en una organización, o en diferentes organizaciones de izquierdas, hay otras personas que también tienen razón, o razones, y que si están allí se debe a opiniones y visiones distintas sobre la política y la vida, pero también a trayectorias familiares, vecinales, culturales, estudiantiles, sindicales distintas.

La fraternidad es, por tanto, un elemento vertebrador de una cultura política en la izquierda y si prescinde de ella, pierde su razón de ser.

Pero la fraternidad también tiene otra declinación, la del entendimiento "virtuoso" entre aquellas izquierdas que no provienen de las mismas

culturas y tradiciones. Hoy necesitamos de la cultura de la cooperación entre las distintas izquierdas, más cuando la izquierda va a continuar siendo plural. En España no va a haber un PASOK como en Grecia ni tampoco va a desvanecerse el espacio a la izquierda del PSOE. Así, en un escenario en que la derecha va a continuar actuando como un bloque, una vez desaparecida la opción liberal de Ciudadanos, no hay otra alternativa que el entendimiento. Es cierto, el rechazo a cooperar está arraigado en la cultura política a nivel estatal, pero, por el contrario, hay múltiples experiencias locales y autonómicas, algunas exitosas, que demuestran que es posible una cooperación virtuosa, no basada en la destrucción del otro o en el crecimiento a costa de él, sino en la conquista cultural y en el cambio de políticas en el conjunto de la sociedad. ¿Alguien cree que los grandes retos de nuestra sociedad como la agenda feminista, la ambiental o la lucha contra la desigualdad se puede conquistar sin un entendimiento previo de la izquierda?; ¿alguien puede creer que se podrá avanzar sin acuerdos con el espacio hoy representado por el PSOE, para construir un nuevo pacto basado en la fraternidad, la ecología y la igualdad, o renunciando a otras expresiones a la izquierda del PSOE que conectan en gran parte con las movilizaciones de los últimos años?

Capítulo 3
Iguales

La igualdad es la segunda seña que quisiera destacar de lo que a mi modo de ver debería ser la izquierda del siglo XXI. La izquierda de iguales, que asume que la pelea por la igualdad no solo es un debate que concierna a la justicia, sino a la democracia, ¿o acaso podemos asumir que la democracia puede sustentarse con los actuales niveles de desigualdad?

Para rearticular la izquierda es necesario un análisis del momento en el que estamos; hoy no hay proyecto de emancipación sin enfrentarse a aquello que corroe más la democracia: una desigualdad extraordinaria.

El incremento de las desigualdades a escala global, y particularmente europea, se produce desde los años ochenta, bajo el liderazgo de Reagan y Thatcher. Es el resultado de un cambio en el que el poder financiero se impone al poder político e, incluso, al económico. La desigualdad, como señala Tony Judt, es "corrosiva, en la medida en que corrompe las sociedades desde dentro".

¿Estamos ante el mismo capitalismo que hace treinta o cuarenta años? ¿Debemos responder ante este desde los mismos parámetros? Las respuestas a estas preguntas son obvias. No, ni el capitalismo es el mismo ni la forma de responder puede ni debe ser la misma.

Pero vayamos por partes. En primer lugar, hay que adentrarse en el escenario de los últimos años, la nueva etapa del capitalismo en algunos de sus aspectos más destacados, como el conflicto capital/trabajo (el conflicto entre capital/biosfera lo abordaremos más adelante, en el capítulo 5). Lo haremos primeramente de forma tangencial, para después entrar con mayor profundidad.

El conflicto capital/trabajo

El capitalismo financiarizado viene operando desde los últimos treinta años. Grantham, uno de los principales expertos en economía financiera, dice que el sistema financiero ha sido para la economía "como correr con una sanguijuela pelmaza, grande y creciente sobre los hombros". Así, las finanzas están actuando como un mecanismo de extracción de rentas del resto de sectores, y desde los años noventa están cambiando a su favor la distribución de ingresos salariales y de rentas.

Una de sus principales características está en los salarios reales estancados y en los crecientes niveles de endeudamiento que nutren burbujas de activos más y más grandes. El capitalismo hoy no despliega principalmente su actividad en la producción de riqueza, sino en la adquisición de la misma. Principalmente no produce, sino que acumula y extrae. Es la expresión no de la transformación, sino de una acumulación sin precedentes. Y, por supuesto, expulsa a aquellos que no son necesarios volviéndolos invisibles, inexistentes, como bien explica Saskia Sassen.

Para cada unidad de PIB nos dicen que cada vez es menos central el trabajo, pero en contraste es el trabajo de los cuidados —no remunerado, aunque trabajo—, el de la atención a los otros, el que mantiene una mínima cohesión social.

Las reformas laborales favorecen la consolidación de un poder discrecional y casi absoluto por parte de la dirección de la empresa en la asignación y determinación del trabajo, lo que implica a su vez discrecionalidad —esta es una problemática en la que insistía siempre Bruno Trentin— en la cantidad y calidad de la información de la que disponen los trabajadores que lo preparan y ejecutan. La realidad es que hoy en ningún caso se avanza hacia la *flexiseguridad* (más flexibilidad con más seguridad y cobertura social), sino a la *flexiexplotación* (flexibilidad combinada con salario de miseria), en la que la renta de trabajo tiene cada vez menos una función redistributiva. La flexibilidad es unidireccional.

El capitalismo financiarizado que vive de la extracción también se traduce en la financiarización del territorio y de la ciudad. Esa financiarización supone la mercantilización en el acceso a derechos fundamentales. El precio de la energía o del agua son ejemplos claros. Sin embargo, donde se recrudece es en el acceso a una vivienda digna, derecho plenamente mercantilizado, pero cuya regulación e intervención pública como bien se demuestra posible en multitud de casos en diferentes ciudades y estados. La financiarización implica una depredación del territorio, la mayor extinción de especies de los últimos milenios y, sin lugar a dudas, la transformación abrupta del planeta. Aquí el conflicto entre capital y biosfera cobra una nueva dimensión, ya que puede hacer que ese espacio en el que nacemos, vivimos, respiramos y en el que desarrollan las relaciones humanas sea aún más hostil. En todo ello ahondaremos en el capítulo 5.

En el escenario global de “turbocapitalismo”, el caso español tiene características propias. En España nos encontramos en uno de los contextos de mayor acumulación de capital en muy pocas manos, y con una desigualdad en incremento notable. Vivimos en una de las sociedades más desiguales de la Unión Europea. Según un estudio de la Fundación Primero de Mayo, España es el segundo país de la UE en términos de desigualdad social, por detrás de Letonia, y en el último año, tras Bulgaria, donde más aumenta. Datos ratificados en un informe de Oxfam Intermón,Una economía al servicio del 1% (2016), ilustraban cómo en España 20 familias disponen de la misma porción de renta que el 20% de la población con menos recursos. En el periodo 2008-2014, el 5% más pobre veía disminuir su renta en más de un 26%, mientras que el 10% más rico disminuía su renta en menos de 8 puntos.

Y el problema no está en la pretendida salida de la crisis. Está en los años de gestación de la misma. El aumento de la desigualdad en la distribución de la renta se disparó entre 2001 y 2007. Las cifras son contundentes:

Los hogares más ricos registraron una renta mediana mensual de 9.158 euros el 2001, mientras que en el caso de las más pobres fue de 758 euros. Esto significa que los hogares más ricos tuvieron 9,1 veces más renta que las más pobres. Esta brecha aumentó un 6% entre el 2001 y el 2007, hasta llegar a 9,8 veces de diferencia.

El llamado “milagro económico” español no lo fue para todo el mundo. Por ejemplo, entre 2001 y 2006 “los ingresos medios del 10% de la población más rica crecieron un 23%, frente al 11% del conjunto de la población”. Los datos son especialmente graves a partir de 2008. La sacudida de la crisis ha supuesto no solo un debilitamiento del marco de negociación colectiva, sino un fuerte debilitamiento del contrato social en todos aquellos derechos vinculados a nuestra condición de ciudadanos. Además, según datos de la OCDE, los hogares más desfavorecidos son los que han sufrido una mayor caída de los ingresos durante la crisis.

A partir del 2014, los datos de la salida de la crisis reflejan una bajada salarial, acompañada de la exclusión de amplios sectores de la sociedad, entre ellos los más jóvenes. La reforma laboral ha tenido un impacto a la hora de acentuar la elevada temporalidad. Hasta el Banco de España alerta de que la desigualdad se ceba en jóvenes y mujeres en un informe del 2018. También destaca que desde 2014 las horas por trabajador se han recuperado más lentas que el empleo, lo que “plantea dudas sobre si la mayor parcialidad, las menores horas trabajadas y el mayor tiempo en el desempleo van a presentar un componente persistente más allá de la crisis, que podría condicionar la evolución de la desigualdad en el futuro”. Y si

bien el IRPF disminuye la desigualdad, lo hace en proporciones menores a los países de nuestro entorno, solo marginalmente, aumentando la renta media en unos 150 euros, según el informe elaborado en 2019 por los economistas Amory Gethin, Clara Martínez-Toledano y Marc Morgan para el World Inequality Lab. En 2017, aunque la renta media superó por primera vez el máximo de 2007, con un alza del 3%, este incremento se dio en el grupo con más recursos. Las rentas del 1% más rico aumentaron un 24% entre 2007 y 2017, el 90% más pobre experimentó un aumento tan solo del 2% en ese periodo. Mientras, entre el 0,1% más rico sus rentas se habían disparado hasta un 70%.

El último informe disponible de Oxfam Intermón, publicado en enero de 2019, acredita que se han incrementado en 16.500 los hogares en los que no entra ningún tipo de ingreso, mientras los ultramillonarios aumentaban un 4%. El 1% más rico tiene 24,42 de cada 100 euros de riqueza, mientras que el 50% más pobre se tiene que repartir 7 euros de cada 100. Mientras que, en 2008, el 10% de los hogares más ricos ya contaban con 9,7 veces más ingresos que el 10% de los más pobres, en 2017 tienen 12,8 veces más. La distancia, tras la crisis, se acentúa. España, de hecho, pasó a ser en 2017 el tercer país más desigual superando a Rumanía, según los últimos datos de Eurostat. Las mayores brechas se producen en Bulgaria (8,2 puntos de diferencia entre los más ricos y los más pobres), Lituania (7,3), España (6,6) y Rumanía (6,5).

Dos son los factores reequilibradores: salarios y transferencias públicas. La reforma laboral ha sido un acicate extraordinario para las reducciones salariales. La aplicación de las políticas de austeridad, sumado al anatema de la subida de impuestos ha hecho que no haya habido una política efectiva de transferencia de rentas. Así, la encuesta anual de FOESSA, de junio de 2019, asociada a Cáritas, explica no solo que hay un 8,6 millones de personas excluidas, sino que la exclusión severa aumenta hasta alcanzar a 4,1 millones de personas. Y lo más destacado es que es relativamente fácil entrar en esta categoría y muy difícil salir de ella.

La cuestión es que si en términos globales la desigualdad está siendo un vector "disolutivo" de un funcionamiento democrático, habría que ver cuál es el impacto que está teniendo en España. Antón Costas señala en un artículo titulado "La desigualdad, asesina de democracia" (*El País*, 13/5/18) que las "elites favorecidas por la acumulación de renta y la riqueza acostumbran a desarrollar una fuerte insensibilidad por los costes humanos y las pérdidas de bienestar que experimentan los más débiles como consecuencia de conductas y políticas que perjudican gravemente el bienestar individual". La desigualdad económica produce desigualdad política; se da una relativa autoexclusión política de los excluidos y, en último término, las elites consiguen desviar la atención sobre la desigualdad.

Mientras la derecha propugna que el mejor dinero es el que está en el bolsillo de la ciudadanía, la izquierda debe abordar una batalla cultural, que también es material, a favor de la redistribución de la riqueza, y ello supone una propuesta de reforma fiscal fuerte, profunda y especialmente redistributiva.

Si la "patria" para la izquierda está en la escuela de nuestras hijas e hijos, en el hospital o en el centro de atención primaria, en las políticas de dependencia, es necesario combatir a favor de la idea de una fiscalidad justa. Más aún cuando en España tenemos un diferencial de 8 puntos con la media europea en presión fiscal, y dicho diferencial es aquel que hace que no podamos disponer de los recursos necesarios para hacer más igualitaria una de las sociedades menos igualitarias de toda Europa. Es cierto, contamos con la familia como sostén. Es eso lo que ha permitido capear la crisis, es lo que explica que con los porcentajes de paro más altos de Europa no haya estallado en mil pedazos la sociedad. Pero la familia, que ha hecho de sostén social en esto años, es la que a la vez ha dejado a la mujer más encadenada a la cultura del cuidado.

Ganar la igualdad

Si el incremento de la desigualdad es el resultado de un cambio, en el que el poder financiero se impone al poder político e, incluso, al económico, y la desigualdad, como señala Tony Judt, se convierte en "corrosiva, en la medida en que corrompe las sociedades desde dentro", el reto principal es volver a ganar la igualdad. Porque la democracia no puede soportar tanta desigualdad.

Es acuciante, por tanto, definir estrategias para lograr esa igualdad. De ahí que la propuesta deba basarse en la redistribución de rentas. Tanto en el trabajo remunerado como en el terreno del trabajo no remunerado. En las rentas indirectas que significan y representan las previsiones sociales, esa igualdad se basa en un reparto equitativo de las rentas acumuladas. En primer lugar, mediante la necesidad de garantizar un trabajo decente y también la de definir la estrategia y la propuesta para garantizar rentas debido a los efectos que va a suponer en las estructuras de trabajo la uberización o la robotización. Distribución de rentas existentes y redistribución de la riqueza. Ambas propuestas son necesarias. Y, por supuesto, definir una agenda de acceso universal a derechos básicos para vivir, vinculados al derecho al agua, a la energía, a un aire limpio y, particularmente, el derecho al acceso a la vivienda, definiendo estrategias que establezcan dichos derechos más allá de la lógica de mercado.

Pero como siempre este es un debate vinculado a la correlación de

fuerzas. Cuando el capital cedió en este terreno lo hizo por una correlación de fuerzas más equilibrada y con poder de persuasión por la otra parte.

Sin embargo, ganar la igualdad tiene otra función: continuar vinculados a los valores de la cooperación y la solidaridad. También la desigualdad cumple un valor funcional: cuando impera, promueve la competitividad o el egoísmo. Como nos recordaba Bruno Estrada en su artículo "El socialismo de este siglo" (*ctxt*, 10/11/16), se observa un crecimiento continuo de los valores altruistas de libertad, posmateriales, laicos y solidarios, según indica la World Value Survey (encuesta realizada en más de 100 países que abarcan más del 90% de la población mundial). Se trata, pues, de que pasemos de una agenda política, basada en aquello que marcan los latifundistas del capital, a la cooperación, al compartir en vez de competir. La igualdad entendida también desde la perspectiva del feminismo, de la igualdad desde la diferencia, del cuidado y la colaboración con el prójimo.

Capítulo 4

Democracia y libertad

La democracia y la libertad son términos vinculados a la izquierda. A sus luchas y reivindicaciones. Y en cambio son palabras a las que culturalmente se les atribuye un sentido conservador. Como si la igualdad estuviese vinculada a la izquierda, pero no así la libertad y la democracia. El reto de la izquierda es ensanchar dichos términos. Hacer que la democracia y la libertad entren en esferas donde rige el mercado, pero no la relación entre iguales. Se trata, por tanto, de reclamar una mayor democracia y libertad en el ámbito de las relaciones económicas y empresariales, pero que también penetren en el terreno de la vida cotidiana, algo que procede de la propuesta feminista.

La democracia, entendida como un espacio de definición de contrapoderes, estorba. La izquierda debe asumir que tiene como aliados los mecanismos democráticos, pero concebir una democracia vinculada no solo al ejercicio del voto, sino a la garantía de derechos.

La creciente desigualdad debería hacernos reivindicar una mejor democracia, entendiendo esta no solo como el espacio de elección, sino como el espacio de deliberación.

Los poderosos ya no precisan de políticos a los que influir (o corromper o amenazar): tienen el control directo de los estados a través del capital financiero (los mercados) y sus agencias de calificación (a quien se sale del dogma se le incrementa la nota, con la consecuencia de recorte del gasto público por el incremento de la deuda). Pero tienen un problema de legitimación. El poder necesita un proyecto a largo plazo que actualmente, cuando el pacto social ha saltado por los aires, el capitalismo no tiene. Y ello se traduce en una redefinición de la Administración, la justicia y la educación. Por eso, el núcleo duro, compuesto por las fuerzas económicas y las fuerzas del orden, necesita dar la cara, salir al espacio público. Las guerras asimétricas y las políticas de cerco son expresión de la contundencia con la que se preparan los conflictos.

El desiderátum del neoliberalismo es, en definitiva, la supresión de los controles constitucionales, judiciales y sociales sobre los poderosos. Si subir cada peldaño es fruto de un costoso proceso de acumulación de fuerzas, existe un peligro cierto de que en cualquier momento bajemos varios escalones civilizatorios por la presión que ejercen los poderosos para mantener e incrementar sus privilegios.

En este escenario de desposesión es más necesaria que nunca una propuesta de reapropiación. En los últimos años se ha impuesto una democracia cada vez menos deliberativa y cada vez más plebiscitaria, en la que el debate apenas existe. Y ello tiene que ver con la crisis absoluta de los medios de comunicación, lastrados por su dependencia del sector financiero y sin capacidad o voluntad de ser el espacio de deliberación necesario sobre las políticas.

Este es el difícil terreno en el que construir la alternativa. Como escribía Owen Jones tras la victoria de Trump,

> el centrismo, la ideología de los supuestos moderados, está colapsando. En los 90, la tercera vía por la que abogaron Bill Clinton y Tony Blair podía sostener la dominación política en la mayor parte de Estados Unidos y Europa. Pero se ha marchitado ante los retos del resurgimiento de la derecha populista y los nuevos movimientos de la izquierda.

La cuestión es quién responderá.

Así, una opción es la resignación y que el nuevo marco se aposente, bastándole para ello contar con la legitimación de los incluidos. También es posible que se rastreen escenarios de utopías disponibles, entre las que la salida independentista ha sido una de ellas, como bien explica Marina Subirats. En el peor de los casos, se cae en propuestas construidas desde el odio, desde la creación de relatos anti*establishment* por quien mejor los defiende —Frente Nacional, UKIP o Donald Trump. Lo escribía Sanders en *The New York Times*: "No es ninguna sorpresa para mí que millones de personas que votaron por el señor Trump lo hicieron porque están enfermos y cansados del *statu quo* económico, político y mediático".

Hoy la propuesta que reclama más democracia, más deliberación y más igualdad se impone como un ejercicio de contrapoder y de transformación.

La rebelión de las elites versus una mejor democracia

Como decía al arranque de este capítulo, si actualmente la desigualdad es

un factor para acelerar la disolución de la democracia, se impone una agenda en que ambas vayan de la mano.

Acemoglu y Robinson, en su libro *Por qué fracasan los países*, explican que una elite extractiva se caracteriza por:

> Tener un sistema de captura de rentas que permite, sin crear riqueza nueva, detraer rentas de la mayoría de la población en beneficio propio. […] Tener el poder suficiente para impedir un sistema institucional inclusivo, es decir, un sistema que distribuya el poder político y económico de manera amplia, que respete el Estado de derecho y las reglas del mercado libre. Dicho de otro modo, tener el poder suficiente para condicionar el funcionamiento de una sociedad abierta –en el sentido de Popper — u optimista, en el sentido de Deutsch.

Esta descripción contrasta poderosamente con la tesis de la "destrucción creativa" del capitalismo sostenida por Schumpeter. Esa "destrucción creativa que es la revolución incesante de la estructura económica desde dentro, continuamente destruyendo lo antiguo y creando lo nuevo". La nueva fase del capitalismo, con un incremento notable de la desigualdad y sin capacidad o voluntad de pactar reglas de redistribución de la riqueza, no solo choca con la idea de justicia, sino con la idea de democracia, favoreciendo el carácter inexpugnable de nuestras elites y su comportamiento extractivo.

Lincoln despachó el asunto en diez oraciones y menos de 300 palabras. Once bastaron para definir la democracia de una manera que ha perdurado hasta nuestros días: "El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo" es todavía hoy el principio rector de la democracia, tal como lo consagra el artículo 2 del título primero de la Constitución de la V República Francesa, significativamente titulado "De la soberanía".

Philip Petit, el filósofo irlandés, afirma que "el Estado tiene el poder, precisamente para evitar que unos fuertes tomen como súbditos a unos débiles". Pues bien, de acuerdo con esta caracterización, lo que hoy está en tela de juicio es la principal razón de ser del Estado.

En contraste con ello, la desigualdad y la exclusión empujan a nuevas formas de ejercicio del poder que aspiran a persuadir solo a un tercio de la población (el tercio integrado), mientras desarrolla mecanismos de coerción y de limitación democrática para el resto. Tenemos así un sistema de captura de rentas que permite, sin crear riqueza nueva, detraer rentas de la mayoría de la población en beneficio propio, y además tiene el poder suficiente como para impedir un sistema institucional inclusivo, es decir, un sistema que distribuya el poder político y económico de manera amplia, que respete el Estado de derecho y las reglas del mercado libre.

Christopher Lasch, historiador y sociólogo estadounidense marxista,

escribió en 1996 *La rebelión de las elites y la traición a la democracia*, y habló del aislamiento de las elites. En su reflexión, contrastó las nuevas elites con las "antiguas", poseedoras de una riqueza con obligaciones cívicas anexas. Lasch sostuvo que hoy son las elites las que controlan el flujo internacional del dinero y la información, presiden fundaciones e instituciones de enseñanza superior, tienen instrumentos de producción cultural y establecen los términos del debate público. Lasch escribió también sobre cómo la "democratización de la abundancia" —la esperanza de que cada generación pueda disfrutar de un nivel de vida superior al de sus predecesores— ha dado paso a una fase completamente distinta en la que las desigualdades de antaño están volviendo a establecerse, en ocasiones a un ritmo vertiginoso y en otros tan lentamente que resultan imperceptibles.

Mickey Kaus, redactor en jefe de *The New Republic*, propone una interpretación del malestar democrático en *The End of Equality*. La amenaza más grave para la democracia en nuestra época procede tanto de la mala distribución de la riqueza como de la decadencia y el abandono de las instituciones públicas en las que los ciudadanos se encuentran como iguales. Sostiene que la igualdad de ingresos es menos importante que el objetivo "más factible" de la igualdad cívica o social.

El problema de nuestra sociedad no es solo que los ricos tengan demasiado dinero, sino que este los aísla de la vida corriente aún más que en el pasado. Una característica es el alejamiento de las elites de los servicios públicos.

Robert Reich señala que "la desnacionalización de las empresas tiende a producir una clase de cosmopolitas que se consideran 'ciudadanos del mundo', pero sin aceptar [...] ninguna de las obligaciones que la ciudadanía de un Estado implica normalmente". Así, en vez de mantener los servicios públicos, las nuevas elites dedican su dinero a mejorar sus condominios privados.

Nos dijeron que el pacto de posguerra se basaba en unas instituciones políticas y económicas inclusivas, que se fundamentaban en el respeto al derecho de propiedad, la creación de igualdad de oportunidades y el fomento de la inversión en nuevas tecnologías, con una tendencia a repartir del poder de forma mínimamente equitativa. Pero de la misma manera que existen círculos virtuosos, en que las instituciones inclusivas tienen un mecanismo de garantía y defienden el modelo, también hay círculos desastrosos en los que las instituciones extractivas tienden a perpetuar un modelo de transferencia de riqueza de la mayoría a su favor. Hoy, disponemos de un marco de desigualdad, a nivel global, en que las elites globales tienen incentivos al mantener y desarrollar instituciones económicas extractivas en beneficio propio y utilizar los recursos que obtienen para consolidar su control del poder político. Pueden dar pie al

crecimiento, pero este no se mantiene porque el desarrollo económico necesita de innovación, y esta no puede ir separada de la destrucción creativa, que sustituye lo viejo por lo nuevo en el terreno económico y también desestabiliza las relaciones de poder en el campo político. Esa destrucción creativa que, como hemos dicho, ha sido teorizada por Schumpeter, y que Acemoglu y Robinson describen cuando hablan de elites inclusivas, se convierte en algo bastante inverosímil cuando un incremento de la desigualdad da pie a un funcionamiento distinto.

Según afirmaba Horace Mann en 1846, solo un "ser aislado, solitario, sin relaciones con la comunidad que lo rodea podría suscribir la arrogante doctrina de la propiedad absoluta". Hoy las elites apenas tienen entorno. Unas elites que no solo controlan el flujo internacional del dinero, sino también la información, presiden fundaciones e instituciones de enseñanza superior, tienen instrumentos de producción cultural y establecen los términos del debate público. En contraste con la rebelión de las masas orteguiana, hoy podemos afirmar la rebelión de las elites.

Y ante esta realidad se impone una propuesta para vincular igualdad y democracia, como auténtica prioridad en la agenda de transformación de la izquierda.

Capítulo 5

Ecologismo

Tras hablar de fraternidad e igualdad quisiera adentrarme en el tercer eje que constituye, o debería constituir, la izquierda del siglo XXI. El ecologismo.

Si en la construcción cultural está pesando poderosamente el marco de digitalización, haciéndonos sentir dispersos, aislados e impotentes, y esa es la batalla "inmaterial" que habría que protagonizar —hablaremos de ello más adelante—, en el marco de lo "material" la batalla es, por encima de todo, ecológica.

En 1855, esta fue la contestación del jefe Seattle a la propuesta del presidente de Estados Unidos de comprar los territorios que usaban los pieles rojas:

> ¿Cómo se puede comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Esa es para nosotros una idea extraña. Si nadie puede poseer la frescura del viento ni el fulgor del agua, ¿cómo es posible que usted se proponga comprarlos? Cada pedazo de esta tierra es sagrado para mi pueblo. Cada rama brillante, cada grano de arena de las playas, la penumbra de la densa selva, cada rayo de luz y el zumbar de los insectos son sagrados en la memoria y vida de mi pueblo. La savia que recorre el cuerpo de los árboles lleva consigo la historia del piel roja.

Desde entonces ha llovido mucho. Pero una cosa está clara, el mercado ha guiado el destino del espacio en el que habitamos.

"La economía, estúpido" ("the economy, stupid") fue una frase muy utilizada en la política estadounidense durante la campaña electoral de Bill Clinton en 1992 contra George H. W. Bush (padre), que lo llevó a convertirse en presidente de Estados Unidos. Luego la frase se popularizó como "es la economía, estúpido". Hoy, más de veinticinco años después,

podríamos reformularla como “es la ecología, estúpido”, o declinarla como “es el planeta, estúpido” (es el aire, el mar, el agua), “es la vida, estúpido”.

En 2014, Naomi Klein escribía el magnífico libro *Esto lo cambia todo* donde planteó que la batalla del cambio climático

> es una batalla entre el capitalismo y el planeta […]. La batalla ya se está librando y, ahora mismo, el capitalismo la está ganando con holgura. La gana cada vez que se usa la necesidad de crecimiento económico como excusa para aplazar una vez más la muy necesaria acción contra el cambio climático, o para romper los compromisos de reducción de emisiones que ya se habían alcanzado.

Ya en 1972, el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) publicaba el informe sobre *Los límites del crecimiento*, por encargo del Club de Roma. Casi cinco décadas después, ese reconocimiento pasa por informes de la Agencia Internacional de la Energía (AIE), las ONG y multitud de gobiernos. Hasta en la encíclica del papa Francisco, *Laudato si’*, no solo se habla de la pérdida de biodiversidad, o de los efectos del cambio climático, sino de la responsabilidad del hombre y de la necesidad de cambio de modelo productivo y crecimiento.

Un organismo tan poco subversivo como el Departamento de Defensa de EE UU, en su revisión cuatrienal de su Estrategia Nacional de Seguridad, incorporaba la siguiente reflexión:

> El cambio climático puede exacerbar la escasez de agua y conducir a incrementos notables de los precios de alimentos. Las presiones originadas por el cambio climático influirán en la competencia por los recursos al tiempo que supondrán cargas adicionales para las economías, sociedades e instituciones de todo el mundo. Estos factores son multiplicadores de amenazas que agravan factores de presión existentes en el exterior como la pobreza, la degradación ambiental, la inestabilidad política y las tensiones sociales.

Y seguramente todo viene de una construcción cultural en la que la tierra, el aire y el agua se han dado por descontados. Si la teoría económica clásica consideró tres factores de producción, la tierra, el trabajo y el capital, la Revolución Industrial pasó a tener solo en cuenta el capital y el trabajo, olvidando un tema tan trascendente como el planeta, que no es una máquina, sino un sistema donde la energía se va transformando. Cambio climático o catástrofe climática, este es el debate.

El cambio climático es el fenómeno que acentúa todas las contradicciones y que puede situar al conjunto de la humanidad a un pequeño paso del abismo. El debate ya no está en si hay o no hay cambio

climático, sino en si sus consecuencias se pueden sobrellevar, o por contrario, si el cambio es tan disruptivo que lo amenaza todo.

Si el calentamiento supera los 2 ºC grados, es relativamente sencillo que suframos una subida de las temperaturas superior a los 4 ºC por la acelerada desaparición del hielo en los polos, así como el proceso de deshielo posterior del permafrost. Este ocupa entre el 20-24% de la superficie (Alaska, Canadá y Rusia, principalmente), una extensión ligeramente inferior a la ocupada por los desiertos.

Con el aumento de la temperatura, recordemos que 2015 y 2016 fueron los años más cálidos de la historia, estos suelos que han permanecido cientos o miles de años en congelación, están comenzando a descongelarse. Hasta ahora lentamente, pero de forma imparable y a un ritmo mayor de lo estimado, a unos 0,12 ºC/año. Pero la novedad es que un aumento global de la temperatura de unos 2 ºC sobre los niveles preindustriales supondría la pérdida de un 40% de la superficie ocupada por el permafrost.

El permafrost actúa como un enorme y gigantesco contenedor de residuos de carbono, normalmente de plantas y animales, que durante las glaciaciones y la congelación del terreno se han ido descomponiendo. Lo relevante es que la cantidad de carbono retenido en el permafrost es más o menos el doble que el existente en la atmósfera. Así, mientras los residuos de carbono están congelados, el carbono permanece encerrado, pero si se descongela, la materia orgánica descompuesta se empieza a liberar en forma de dióxido de carbono y de metano, los dos gases de efecto invernadero principales.

Y no todo queda aquí: “Todo está ocurriendo de forma muy rápida. En diez años tendremos una cuarta parte menos. En cincuenta años solo quedará la mitad de los insectos. Y en cien años ya no quedará ninguno”, explicaba el ecologista y científico medioambiental de la Universidad de Sydney Francisco Sánchez-Bayo, en las páginas de *The Guardian*, autor del estudio “Worldwide decline of the entomofauna: A review of its drivers”. Y debería ser sabido que sin insectos, el sistema colapsa.

El siglo del conflicto capital/biosfera

Así, en este escenario, el principal factor que acentúa las contradicciones es el conflicto entre el capitalismo y los límites físicos a dicho modelo de crecimiento. Si en el siglo XX el motor de la historia fue el conflicto entre capital trabajo, y en las últimas décadas emerge con gran centralidad el conflicto de género como uno de los motores de cambio y concienciación, en este siglo XXI, el conflicto central está siendo el de los límites biofísicos

del planeta.

Pierre Calame dice que durante el siglo XX fue el Estado el que aseguraba la coherencia horizontal y la empresa la que organizaba la coherencia vertical. Pero esa doble dimensión ya no responde a los principales retos de la humanidad en pleno siglo XXI. Este describe tres crisis, las relaciones entre sociedades que deben gobernar los bienes comunes globales, las relaciones entre los seres humanos y las relaciones entre humanidad y la biosfera, siendo esta tercera crisis una de la que va hacer que se agraven las anteriores: "Hemos entrado —escribe Calame— en la era del Antropoceno, una era geológica caracterizada por el impacto cada vez más masivo de las actividades humanas sobre la biosfera".

La centralidad del conflicto ambiental no va a suponer que el conflicto capital/trabajo desaparezca, por mucho que algunas voces auguren que este es un conflicto que se diluye. La explotación laboral continúa siendo un factor de acumulación de riqueza y de poder y de depauperación de las condiciones de vida de gran parte de la población mundial.

De la responsabilidad moral a la propuesta política

Es cierto que el reto ambiental se asume como el principal desafío de la humanidad; sin embargo, no acaba por conectarse con una decisión o una opción política entre gran parte de la ciudadanía. Así, nos puede preocupar mucho la subida de las temperaturas o habitar en una zona que terminará teniendo el clima de Marrakech en un futuro no tan lejano como algunos piensan, pero al final se da un sentimiento de impotencia que hace que nuestras decisiones personales e incluso políticas nos parezcan insignificantes e intrascendentes ante la magnitud de tal desafío.

¿Por qué responsabilizarse de ello si en la otra punta del planeta no se comprometen? ¿De qué sirve que tomemos medidas si en Asia se ponen a consumir con patrones homologables a los europeos? Con preguntas tan sencillas, aun habiendo un reconocimiento cognitivo (y me atrevería a decir sensorial) sobre la magnitud del problema, la impotencia ante el escenario del cambio climático lleva a la inacción, la falta de compromiso o a la falta de priorización en la agenda de cambio de gran parte de la ciudadanía y, por ende, de gran parte de los gobiernos.

Otro elemento clave es encontrar el punto de equilibrio en el planteamiento del conflicto ambiental en el que nos adentramos. Desde una perspectiva estrictamente científica, los datos son aterradores y, por ende, paralizantes. El escenario de catástrofe descrito (reconozco que también caigo en dicha descripción en más de una ocasión) es una

narrativa real, pero que nos puede llevar a la inacción.

El principal desafío en este contexto está en cómo conseguir que la ecología y el cambio climático se conviertan en el vector principal a la hora de elegir, votar o decidir políticamente. Pero el reto no es nada sencillo. ¿Cómo convertir un reto global, que necesita la intervención de una multitud de actores, en un reto personal?

¿Qué hacer en caso de incendio?

¿Qué hacer en caso de incendio? es el título de un fantástico libro de Héctor Tejero y Emilio Santiago que apoya el programa de intervención pública y movilización social del Green New Deal en un alegato por la transición ecológica transversal. El título está prestado de la frase que pronunció Greta Thunberg frente al foro de Davos como una metáfora para visibilizar nuestra actitud frente al calentamiento global. Hay que buscar un punto medio entre no hacer nada, confiar en soluciones tecnológicas que solucionen el problema o entrar en pánico ante el escenario catastrófico. Tejero y Santiago nos recuerdan que hay que mantener la calma y dibujar una salida de emergencia. Uno de sus capítulos se titula "Dejemos el catastrofismo para tiempos mejores", con un llamamiento claro a la propuesta y a la acción. Para ello proponen no negar la posibilidad de catástrofe real, pero sin caer en la idea de que no hay nada que hacer. Y la propuesta no es individual. Es juntarse con otros para hacer cosas con otros. La salida es, por tanto, colectiva, es decir, política. Y ello debe traducirse en la asunción que la transición ecológica debe atravesar toda nuestra estructura social, desde los imaginarios hasta la legislación pasando por todos y cada uno de los presupuestos de las diferentes administraciones.

Si la etapa actual del capitalismo abre una nueva era, la izquierda y el ecosocialismo del siglo XXI deben reconectar a la humanidad con el medio en el que habita, ya que esta no tiene futuro a partir de la depredación, degradación y destrucción del medio en el que habitamos. Y es que el conflicto capital/biosfera no es un elemento más en este siglo XXI, sino un eje tan central como el conflicto capital/trabajo.

Eso significa vivir de una forma distinta, y ello tiene una estrecha conexión con la aspiración y la consecución de sociedades más igualitarias. La izquierda debe ser necesariamente ecologista, una economía que haga balance de lo consumido por nuestra economía y aquello que aportamos y devolvemos al planeta. Se trata, pues, de incorporar un balance entre el sistema natural y los subsistema sociales y económicos, interconectando crecimiento económico y los límites biológicos y físicos de los ecosistemas.

Si la mayoría de población global vive en ciudades, y estas consumen más del 70% de la energía del planeta, ¿no es hora de que en estas realidades empecemos a pensar en cómo producir aquello que necesitamos para estar vivos?

Agenda urbana

Hoy la mala calidad el aire de las ciudades y su impacto sobre la salud es parte consustancial de la vida cotidiana de millones de personas. Esta debería ser una preocupación transversal entre fuerzas políticas de distinto color (en algún país lo son). Pero la inacción y, más aun, la práctica negacionista suponen perpetuar la contaminación, y con ello la posibilidad de morir prematuramente o de poner en riesgo el crecimiento de niñas y niños. Las decisiones de algunos de los nuevos alcaldes de retirar mobiliario urbano para permitir el tránsito rodado contaminante atentan contra la vida digna de las personas. Por el contrario, ganar las calles supone lograr espacios no solo con calidad del aire, sino de socialización, en los que sea posible jugar, divertirse y amar. No hablamos de crecimiento, PIB o riqueza, sino de vivir, jugar y compartir. La conquista de lo cotidiano puede hacer que el reto moral del cambio climático se traduzca en una agenda política muy concreta de mejora de las condiciones de vida.

Naciones Unidas, en su informe de 2015 sobre la distribución de población en núcleos urbanos, estimaba que un 54% de los habitantes del planeta viven en ciudades. En 2050 serán dos de cada tres personas. Europa es hoy uno de los continentes más urbanizados (73%), mientras que el 80% de los españoles viven en áreas urbanas.

Es, por tanto, la ciudad el espacio en el que convertir un reto global en un cambio profundo, de espacio de empoderamiento. No podemos gobernar el mundo, pero podemos cambiar nuestras ciudades.

Richard Sennett, en su reciente libro *Construir y habitar. Ética para la ciudad*, nos explica que la ciudad es un lugar complejo, lleno de contradicciones y ambigüedades. Los autores antiguos que escribieron sobre la ciudad observaron que las economías variadas y complejas eran más provechosas que el monocultivo. Aristóteles ya explicó como en un medio heterogéneo, los hombres (en su época solo contaban estos) están obligados a comprender puntos de vista distintos a fin de gobernar la ciudad. Así, Aristóteles denomina *synoikismós* a la reunión de distintos, de la que proceden las voces modernas “síntesis” y “sinergia”. La ciudad es un todo mayor que la suma de sus partes. Hoy la ciudad pasa a ser el principal (aunque no único) campo de batalla para protagonizar los principales retos

de la humanidad, siendo el desafío ambiental, la reconexión de la ciudad con la biosfera, el tema principal en nuestra agenda urbana.

La batalla está en la energía

La cuestión energética es otro de los asuntos que hay que abordar en el debate ambiental. A lo largo de la historia, los grandes procesos de transformación económica no solo se han dado por la explotación del hombre por el hombre (… y la mujer). Todas las revoluciones industriales surgen de la extracción, explotación y consumo humanos de la energía generada por el planeta y acumulada en el subsuelo durante millones de años. El carbón, el petróleo y el gas, y su posterior explotación, han hecho que la energía se haya convertido en riqueza, así como en recurso de control y dominio. De hecho, no se explican muchas de las guerras del siglo XX e incluso del XIX sin la lógica del control sobre la energía, sobre los combustibles fósiles. Su explotación no solo ha exigido control militar, sino también una gran acumulación de capital para su extracción. Las revoluciones industriales no se explican únicamente por la explotación del hombre sobre el hombre y la mujer, se explican también por la capacidad de consumir en muy pocos años lo que la tierra ha tardado millones de años en generar.

La propuesta es hacer de la energía un factor de reapropiación en la transición de un modelo de capitalismo extractivo a un modelo en el que la relación entre humanidad y energía se basa en el acceso democrático a la misma y en su distribución. El ahorro, la eficiencia y el desarrollo de las energías renovables pueden ser el vector que no solo nos permita dejar de extraer, acumular, dominar y contaminar, sino también producir, distribuir y repartir la riqueza y reapropiarnos de la economía.

La energía, con su capacidad de reducir consumos, pero de producir de forma democrática, es sin lugar a dudas uno de los elementos con mayor capacidad de cambiar no solo el tejido productivo sino las mismas relaciones de poder. Desde el momento que la producción de kw/h cuesta menos cuando procede de la energía del sol o del viento que de la quema de combustibles fósiles, la oportunidad para democratizar la relación entre humanidad y energía pasa a ser histórica.

Por primera vez en la historia, se ha invertido casi tanto en eficiencia y energías renovables (533.000 millones de dólares) como en extracción y producción de petróleo (583.000). Pero dicha inversión no está solo cargada de buenas intenciones. Aquellos que han tenido una posición de dominio en un mundo dominado por los combustibles fósiles intentan también conquistarla en el sector de las energías renovables.

En contraste, la izquierda debería ser consciente que la batalla energética se da entre la democratización de la economía y su privatización. Cuando se habla de energías renovables y particularmente de autoconsumo, no hablamos solo de generación de electricidad, sino de poder y distribución energética. Un estudio reciente de la EREF (European Renewable Energies Federation), realizado conjuntamente con Greenpeace y Amigos de la Tierra, explica como en el marco europeo es posible el abastecimiento eléctrico para más de la mitad de la población europea. El autoconsumo puede ser del 19% para el 2030, del 45% para el 2050. Pero para conseguirlo el problema no es técnico, sino político. Y en lo político está que el socialismo del siglo XXI entienda que lo ambiental, y concretamente la energía, es una batalla para la reapropiación de la economía, a favor de la democracia económica, y por supuesto, para la defensa del medio en el que queremos continuar viviendo.

La propuesta es operar allí donde actúa el gran capital, en el sector energético, uno de los vectores en que mayor acumulación de capital se produce y mayores relaciones de dominio genera. Esto supone partir de la base de que el cambio tecnológico permite, quizás por primera vez en la historia, definir estrategias de reapropiación para la ciudadanía de la producción de energía.

Así, el debate energético y las posibles propuestas aúnan la respuesta ante el principal reto de la humanidad en el presente siglo: el cambio climático; la batalla por lo económico permite introducir en una dimensión tan crucial como la energía estrategias de democratización en su producción y consumo.

La singularidad española

Si la agenda ambiental y energética es crucial en general, en España es además acuciante. En primer lugar, las consecuencias del cambio climático van a ser más drásticas en los países del sur que en los países del centro y del norte de Europa. Un estudio reciente, El proyecto JRC PESETA II project (Projection of Economic impacts of climate change in Sectors of the European Union based on bottom-up Analysis) de la Comisión Europea califica como “high warming scenario” aquel en el que las temperaturas medias suben 3 ºC a finales de siglo XXI. En este escenario y en términos de impacto sobre el PIB en Europa, será de 1% en los países del norte, de un 2% para los países de la parte centro-norte, de un 5% para los del centro-sur, y de casi el 10% en los países del sur.

Junto con el fuerte impacto económico, hay que tener en cuenta la gran dependencia energética de España del exterior: con un 74% es, de lejos, un

país líder en importación de crudo en un contexto continental con unos niveles ya altos de dependencia (algo más del 50%). Esa dependencia no solo hace vulnerable la economía española, sino que además supone una constante transferencia de riqueza a los países productores de petróleo y de gas. En un contexto en que los precios de los carburantes son relativamente bajos, el conjunto de nuestra economía ha transferido diariamente 128 millones de euros a los productores de gas y de petróleo.

Teniendo en cuenta la tercerización de nuestra economía y la tendencia a especializarse particularmente en servicios turísticos, los energía y la transición energética aparecen como el principal vector para reverdecer la economía y reindustrializar su actividad.

En España no solo hay sol, viento o biomasa, en una coyuntura en que la generación eléctrica más asequible es la fotovoltaica. A diferencia de otros países del sur de Europa, hay además territorio. Es esa variable la que puede propiciar que el desarrollo renovable, precedido de una política efectiva en materia de eficiencia y de una acción decidida sobre nuestro modelo de movilidad (representa un 40% de nuestro consumo energético), suponga un cambio del patrón de crecimiento, y un modo de vincular la lucha contra el cambio climático y la transformación del modelo productivo.

El debate no se plantea en términos de “technicality”. Frecuentemente, la izquierda encara el debate energético como uno más, cuando, por el contrario, es la palanca que permite realizar y protagonizar políticamente cambios muy profundos en nuestro modelo productivo. En segundo lugar, es obligación de la izquierda hacer valer normas para que el cambio de modelo no redunde en el “business as usual”, de modo que se evite que las empresas que ejercen una posición de control y de poder sean las principales beneficiadas. No se trata de llevarlo a cabo contra las empresas, sino de garantizar dicho cambio multiplicando sus actores y dando protagonismo a la ciudadanía. Se trata de hacer de la energía un elemento dinamizador para hacer frente al problema más acuciante que tiene hoy la sociedad, el del reparto de la riqueza.

Ecologismo, de adjetivo a sustantivo

Como ya hemos destacado desde el comienzo, a pesar de que la izquierda, sobre todo en los últimos años, ha incorporado la ecología, la preocupación por el medio ambiente e incluso el ecologismo como un elemento para adjetivar su discurso y acción, se encuentra ante el reto de hacer que la ecología y el ecologismo formen parte sustantiva de su programa. La izquierda del siglo XXI tendrá que asumir que hay que

construir una propuesta para dejar de dar la espalda al planeta, el reto es cómo reconectar la humanidad con la biosfera.

El debate de situar al ecologismo como sustantivo o adjetivo no es solo una cuestión gramatical. Se trata de optar por la incorporación del ecologismo a la cultura de la izquierda o, en cambio, de determinar si el ecologismo transmuta y cambia nuestra cultura, conformando a su vez nuestra acción. Este debate no es menor, porque el ecologismo sigue apareciendo como un elemento complementario. Por el contrario, la situación presente, y en particular nuestro futuro más inmediato, hace que el ecologismo deba ser seguramente uno de los aspectos centrales de toda propuesta de transformación. ¿Es acaso posible la fraternidad, la igualdad o la libertad sin un compromiso fuerte con la agenda ambiental?

Por una transición ecológica … y justa

Se trata de afirmar una transición justa, porque a pesar de la contundencia de los datos, la agenda ecológica no es tan evidente. En tiempo de descuento, actitudes negacionistas como las Trump o Bolsonaro responden a lo mismo: preservar intereses particulares por encima de la protección del medio.

Pero estos no son el único fenómeno. La “revuelta” de los chalecos amarillos, aunque es expresión de una respuesta vehemente ante la Francia vaciada, obedece también (pero no solo) a la negativa ante un cambio necesario y urgente de los hábitos más energívoros de nuestra vida cotidiana.

No es nada nuevo. Hace ya diez años, al antiguo tripartito de izquierdas del Govern de la Generalitat —conviene recordarlo— le azotó una gran polémica sobre la limitación de velocidad a 80 km/h en el acceso a la ciudad de Barcelona, con el objetivo de reducir la contaminación. En julio del 2019 hemos visto al nuevo alcalde de Madrid regocijarse con su socia ante la retirada de las grandes macetas que pacificaban el tránsito. Y a pesar de todo, hoy, parece más asumible afrontar la pertinente sanción de la UE por los altos niveles de contaminación que encarar el debate de la pacificación del tránsito y, por tanto, de la limitación a la circulación de los vehículos contaminantes en los centros de las ciudades.

Sin lugar a dudas, la agenda ambiental y la transición energética no son temas de un debate fácil de abordar si se quiere pasar del diagnóstico a las políticas efectivas. Hay amplios y crecientes sectores de la sociedad que pueden verse damnificados por el escenario de transición. La agenda ambiental afecta al cambio de hábitos, entra en lo doméstico y lo cotidiano, y es por ello que supone un cambio cultural profundo. Es cierto

que genera mucho más empleo que el que destruye. Pero también es cierto que hay sectores o territorios afectados. Y es responsabilidad de la política acompañar, también económicamente, a las personas, colectivos y zonas afectadas en la transición. Una transición que hoy concierne al sector del carbón; pasado mañana a las comarcas nucleares; y en un tiempo relativamente breve, a la industria automovilística. Esta última debe hacer frente a un cambio en su modelo de negocio, que se oriente más hacia la provisión del servicio que a la compra-venta, y abrir líneas de desarrollo de automoción eléctrica que, además de la movilidad, permitan que las baterías puedan acumular los excedentes eléctricos como energía renovable y servir de abastecimiento cuando no haya electricidad verde.

Imaginemos un plan ambicioso en la reducción de la contaminación. Hoy, el 20% de la contaminación de nuestras ciudades proviene del reparto de mercancías, y particularmente del reparto en la última milla. Este es un sector que se ha ampliado con los modelos de comercio *online* y el desarrollo de la paquetería, pero muy precarizado, en el que muchos de sus trabajadores son falsos autónomos. Algunos de ellos difícilmente pueden permitirse el cambio de vehículos diésel, altamente contaminantes, al ser los más baratos del mercado. Si bien es responsabilidad del Gobierno la instauración de políticas que permitan la reducción de la contaminación y el cambio de flotas, estas medidas no son suficientes. Se necesita una acción concertada que logre laboralizar relaciones que nunca deberían ser mercantiles y que garantice niveles de retribución mínimamente dignos. De ahí que la agenda ecologista vaya tan ligada a la agenda por la justicia y la igualdad. No pueden ser agendas viables si se dan la espalda la una a la otra.

Hoy necesitamos del acompañamiento social en la transición, de la participación de la ciudadanía y de su implicación en los procesos de producción de energías renovables, socializando los beneficios y evitando su concentración en muy pocas manos; debemos acompañar a territorios y sectores sociales. Y es que si no lo hacemos así, si la transición ambiental y ecológica no es capaz de asumir un elemento de democratización de la economía y de reparto de la riqueza que crea (que no es poca), nos encontraremos con amplios sectores de la sociedad que acabarán siendo reacios a la propuesta.

Capítulo 6

Los algoritmos, la digitalización y la nueva construcción de identidades

Tras hablar de fraternidad e igualdad, democracia y libertad y ecología, quisiera proponer adentrarnos en aquellos elementos que condicionan enormemente la construcción cultural y el espacio material y cognitivo en que se producen las interacciones humanas.

Una primera reflexión concierne a la construcción cultural y a cómo esta afecta a la realidad material. El poder de la digitalización y del algoritmo y su impacto en el marco de las relaciones laborales es algo a tener en cuenta a la hora de precisar bien cuál puede ser la respuesta política.

Yochai Benkler, uno de los autores más destacados en la defensa del procomún, escribió como "lo que caracterizó el primer cuarto de siglo de internet fue el hecho de que era un sistema integrado de sistemas abiertos capaz de resistir la presión de cualquier tipo de autoridad centralizada", mientras que hoy "nos encaminamos hacia un internet que facilita la acumulación de poder de un conjunto relativamente pequeño de agentes estatales y no estatales con gran capacidad de influencia". Sennett señala en el ya citado *Construir y habitar* como "la era cerrada de internet consiste en la existencia de un escaso número de monopolios que producen máquinas y los programas implicados en la extracción masiva de información. Una vez adquirida, la programación monopólica se hace cada vez más personalizada y con más capacidad de control". Es decir, la nueva "maquinaria" no afecta a la explotación del hombre y la mujer por el hombre, afecta a la definición de voluntades, a la misma democracia.

¿Cuál es la influencia del algoritmo?

Hoy, la digitalización y el algoritmo están produciendo un cambio de hábitos extraordinario que afecta a la vida más cotidiana, e indirectamente también a las decisiones políticas.

No hace tanto tiempo, cuando se viajaba a una ciudad desconocida, antes del viaje se preguntaba a aquellos conocidos que habían visitado la ciudad y uno se dejaba recomendar para elegir dónde ir a cenar. Hoy, las aplicaciones de nuestros teléfonos móviles guían nuestras decisiones en función de algoritmos.

Pero esta simple anécdota puede extrapolarse a multitud de situaciones que afectan a pautas de consumo, influyendo a la hora de escoger aquello sobre lo que informarse y sobre aquello que se decide políticamente.

La digitalización es un vector clave y determinante a la hora de crear espacios en los que la ciudadanía se aísla y no se encuentra para articular sus demandas.

La irrupción de la tecnología digital en el entorno laboral ha alterado las relaciones de poder entre el capital y los trabajadores. Cuando se emplea un algoritmo en el marco laboral no es para mejorar la conciliación sino la productividad; las grandes cantidades de datos no se orientan a lograr una mayor transparencia en la toma de decisiones, sino que sirven, frecuentemente, para recortar la privacidad. Así, es paradójico como el uso de las *app* está sirviendo para desdibujar la relación laboral, y en no pocos casos para difuminar la negociación colectiva. El uso de algoritmos está más orientado a la optimización de las ganancias que a la mejora de la calidad de vida de sus usuarios.

Quien controla la información y la captación de los datos atesora un gran poder. En cinco años, en el *ranking* de capitalización más alta, hemos pasado de tres empresas tecnológicas a ocho. Las cuentas de resultados crecen exponencialmente.

Explica José Maria Lasalle en *Ciberleviatán* como el algoritmo se ha convertido en el instrumento a través del cual las corporaciones y la tecnocracia vinculada a ellas manejan las *commodities* de nuestro tiempo, que son los datos, dibujando un escenario distópico, en el que la construcción de la voluntades individuales, pero también colectivas, se pueden manipular y orientar. Este explica como

> el modelo capitalista evoluciona hacia un capitalismo cognitivo basado precisamente en un desapoderamiento del poder político, de una neutralización de la democracia y de un proceso de concentración de riqueza y poder monopolístico inédito desde los *trusts* de Estados Unidos de finales del siglo XIX. El poder político estadounidense los vio como un peligro y decidió combatir con las leyes anti*trust* y anticártel. Estamos desarrollando un modelo de capitalismo que fomenta la desigualdad.

Así, el algoritmo y su fuerza, la inteligencia artificial, dibujan el marco de la cuarta revolución industrial. La primera se produjo con el desarrollo de la máquina de vapor y de la explotación del carbón; la segunda vino protagonizada la electrificación y el petróleo; la tercera dio lugar a la electrónica, la automatización y a las tecnologías de la información y las telecomunicaciones. La cuarta revolución industrial se expresa con la digitalización de la realidad, la información como producto —con el *big data*— y la velocidad de procesamiento de los algoritmos.

Pero el elemento que quisiera destacar es el cambio cultural que supone dicha revolución industrial, ya que a diferencia de otros momentos, el *big data* o la información como producto, sumado a la influencia de los algoritmos a la hora de moldear voluntades, dibujan una malla de control y persuasión muy poderosa. Con ello no estoy afirmando que lo sea más que otros sistemas de control. ¿No era el economato vinculado a las industrias del carbón o del textil un sistema de control? Pero lo determinante es que la creación de mecanismo alternativos y de contrapoder se vislumbran altamente complejos. Sin lugar a dudas, pesará la correlación de fuerzas, pero la cuestión es cómo adaptar una articulación de contrapoder a la velocidad en que se mueve el algoritmo.

De este modo, el control político y legal sobre los desarrollos tecnológicos pasa a ser un elemento central de todo programa y propuesta emancipatoria y democrática. Se trata, por tanto, de evitar que las tecnologías y la inteligencia artificial supongan un incremento de la concentración económica y del poder y sirvan como un instrumento de control sobre la ciudadanía, y promover que su desarrollo lleve aparejado una serie de obligaciones vinculadas a la mejora de la calidad de vida y de control democrático. De la misma manera que las leyes anti*trust* fueron un factor clave en los EE UU de los años treinta, el establecer normas "democráticas" en el desarrollo tecnológico debería ser uno de los aspectos centrales de todo proyecto de emancipación.

Capítulo 7

¿El fin del trabajo o el comienzo de nuevas formas de articular contrapoder?

¿Suponen los cambios tecnológicos que el trabajo desaparezca de la vida de la gente? Por mucho que se propugne su fin, el trabajo es un vector clave de construcción no solo de la identidad de las personas, sino de espacios de alternativa y contrapoder. La identidad la sigue configurando, en buena medida, el trabajo, o la ausencia de este, y la precariedad en la que se vive. Y el paro es utilizado para excluir de la sociedad a gran parte de la ciudadanía. Ahora bien, acusar a la digitalización del incremento de la precariedad o del paro lo que hace es desviar la atención: precariedad y paro son sobre todo (aunque no solo) una consecuencia de una correlación de fuerzas que ha debilitado las del mundo del trabajo ante la capacidad del capital de imponer sus condiciones.

Es en este contexto en el que de forma habitual, con un tono más desgarrador que esperanzador, se nos describe un mundo en el que el trabajo deja de cumplir la función de articulación social y de construcción de identidades. Así, la digitalización o la robotización aparecen como una nueva amenaza y, sin lugar a dudas, construyen un marco emocional de miedo o temor ante lo que vendrá.

Cuentan que en la última campaña electoral norteamericana uno de los factores que influyó en el voto de los estados del Medio Oeste fue la puesta en marcha —más en formato propagandístico que real— de camiones sin conductor. La simple noticia tuvo un gran impacto en la prensa local de aquellos condados por los que pasaban grandes líneas de transporte, y expresaba el temor por el trabajo de los camioneros y de todos sus servicios asociados.

Pero mientras ese temor construye el marco mental en Occidente, los datos de la OIT arrojan cifras según las cuales de 2008 a 2014 se habían creado 212 millones de empleo neto en el mundo, si bien se habían

destruido en la Unión Europea cerca de 7 millones.

Las cifras son contundentes. El pretendido "fin del trabajo" no se produce a escala global. Cierto es que los países desarrollados tienen un problema de creación de empleo, y sobre todo de creación de empleo de calidad según los estándares laborales a los que estamos acostumbrados. Aunque es un problema local, es cierto que es "nuestro" problema local, y eso hace que en la agenda occidental ocupe y preocupe, como es lógico.

Todo ellos se traduce en que si hasta ahora el trabajo era un espacio de construcción de identidad, el actual marco de las relaciones laborales, tendente a la individualización, atomización y precariedad, hace más difícil la asunción de luchas compartidas, alejándonos de una conciencia de clase cada vez más difusa.

Por otro lado, los salarios cada vez más bajos (en EE UU un 25% de los salarios no permite pagar las facturas, por no hablar de los trabajadores pobres en España) convierten a un porcentaje de la población muy significativo en los nuevos parias de la tierra.

A su vez, el retroceso del Estado del bienestar y la privatización de derechos no implican que dicho trabajo desaparezca. El trabajo de los cuidados, de la colaboración o de la simple supervivencia se mantiene ahí. Lo que desaparece, de forma frecuente, es la articulación del conflicto laboral, ya sea porque se da en condiciones de dispersión, ya sea porque se asume su no retribución. Cuando a la diputada Ocasio-Cortez le preguntaron por qué los becarios no deberían darse por satisfechos y no considerarse bien pagados con la experiencia adquirida en el Capitolio, Ocasio-Cortez contestó que "la experiencia no paga las facturas". Esa respuesta expresaba la necesidad de luchar por condiciones laborales dignas, con remuneraciones dignas, que garanticen un proyecto de vida autónomo.

Ahora bien, la robotización sumada a la digitalización y a la uberización dibuja una relación con el trabajo más diluida, donde la tecnología favorece la fragmentación. A su vez, la percepción, real y subjetiva, de que muchos de los puestos de trabajo existentes van a dejar de existir, hace que uno de los asuntos en los que debe poner más énfasis la izquierda sea la transición justa de aquellos sectores damnificados o que se sienten damnificados por la transición. Este, que es un tema ya tratado en la referencia ambiental, tiene conexión también con el debate sobre un modelo de renta básica universal. Es cierto que necesitamos nuevos elementos redistributivos cuando la creación de riqueza cada vez se conecta menos con el factor trabajo. Pero más allá de las consideraciones y el debate en torno a la propuesta de los beneficios sobre la presión de trabajadoras y trabajadores que solo aceptarían trabajos bien remunerados, o sobre la influencia de la propuesta en el reparto de la riqueza, no creada precisamente a partir del trabajo, la renta básica universal tiene un factor

limitante: ¿cómo imponer dicha propuesta si a la vez uno de los elementos de definición de identidad de los sectores más desfavorecidos, el trabajo, se desdibuja o desvanece?

En un informe reciente (Los sindicatos ante los retos tecnológicos, 2019) sobre la influencia de la tecnología digital en el entorno de trabajo elaborado por la Fundación Éticas, Cotec, Comisiones Obreras y El Instituto de Sindicatos Europeos (ETUI, por sus siglas en inglés), se explicaba como "los trabajos están cambiando, con efectos no deseados, como por ejemplo el aumento de las desigualdades existentes causado por la brecha digital o nuevas formas de exclusión social", y se identificaban los tres factores principales que causan estos cambios.

1) Digitalización. El uso de sensores y dispositivos de procesamiento para transformar (partes de) el proceso de producción físico en información digital (y viceversa), y aprovechar así las significativamente mejoradas posibilidades de procesar, guardar y comunicar la información digital.

2) Automatización. La sustitución de la mano de obra humana por máquinas para tareas dentro de los procesos de producción y distribución. Aunque la automatización de las máquinas es anterior incluso a la Revolución Industrial, hoy en día el uso de tecnologías digitales permite el control algorítmico de la maquinaria y, como resultado, el incremento de los tipos de tareas que se pueden automatizar. Actualmente, las máquinas digitalmente capacitadas y los avances en inteligencia artificial apuntan a que todo tipo de tareas, incluso las labores más "abstractas", potencialmente pueden ser automatizadas.

3) Plataformización. El uso de redes digitales para coordinar las transacciones económicas de forma algorítmica. En este sentido, el concepto de plataformización aquí utilizado excluye espacios *online* que a veces se consideran plataformas —principalmente, las redes sociales. Las plataformas se pueden utilizar para facilitar tanto transacciones comerciales como no comerciales, y su contenido incluye tanto bienes como servicios. Los servicios intercambiados pueden ser a su vez subdivididos en dos categorías, según el tipo de tareas en cuestión (físicas, intelectuales o sociales) y el lugar donde esas tareas se realizan (en una localización física u *online*).

Nos recordaba Bruno Estrada en un artículo titulado "¿Qué lugar deben ocupar los robots?" (*El País*, 25/6/19) que

estamos asistiendo a un reparto muy desigual de la "productividad digital" debido a tres razones: 1) No hay una regulación pública eficaz que limite el control monopólico u oligopólico de muy pocas empresas que crean y moldean estos

mercados disruptivos a su interés (un juez federal de EE UU sentenció sobre Microsoft: “Tienen un prodigioso poder sobre el mercado e inmensas ganancias”). 2) La aportación emocional humana al trabajo, lo que los robots no pueden hacer, sigue estando escasamente reconocida en la estructura de remuneración salarial. 3) El estancamiento salarial en las últimas dos décadas ha sido debido a la disminución del poder de negociación de los trabajadores, como nos recuerda Krugman.

El elemento determinante no es la tecnología, sino la capacidad de articular contrapoder, a pesar de la dificultad de responder a la velocidad del algoritmo. Mientras que la digitalización dispersa, el reto es conformar una identidad que agrupe los intereses de la mayoría de la ciudadanía. Como señala Estrada, “estas causas no son tecnológicas, sino políticas: debilitamiento de los sindicatos y la oligopolización de los principales mercados digitales”.

El marco de construcción cultural se define según coordenadas e instrumentos distintos, que cambian a una velocidad superior a las construcciones de articulación de intereses colectivos. Pero igual que muchos de los métodos, tácticas y estrategias sindicales de hoy fueron desarrollados precisamente como respuesta al impacto del cambio tecnológico, el reto actual está no tanto en “destruir la máquina” como en la creación de propuestas por parte de la izquierda que sirvan para regular y democratizar el algoritmo.

¿Podemos crear espacios de libertad y contrapoder más allá del marco de relaciones de trabajo? Podemos construir espacios de consumo alternativo, o de relaciones distintas con la energía y la movilidad, pero continuamos necesitando la articulación de contrapoder en el marco de las relaciones laborales para conseguir una agenda y una propuesta que permita un reparto de la riqueza. El reto no es nada sencillo. La “propaganda” antisindical forma parte del marco cultural de este inicio de siglo. Y a la vez, parece que la democracia pueda entrar en todas las esferas de la vida, pero no en el marco de la empresa y de las decisiones empresariales, quedando este como un terreno vetado a la participación del trabajador. Sin embargo, ¿las empresas no funcionarían con un planteamiento a más largo plazo, y por tanto con mayor perspectiva, si en lugar de primar el reparto de dividendos se tuviese en cuenta la perspectiva laboral y se diese una mayor visión estratégica a muchas decisiones empresariales?

La cuestión es si hoy nos basta con reclamar el pacto de redistribución de rentas cuando la desigualdad social no es una consecuencia indeseada del actual sistema dominante, que juega un papel funcional y permite que el egoísmo o la escasa sociabilidad tengan una posición predominante en el funcionamiento de nuestras sociedades.

Las izquierdas, la de partidos y la sociopolítica han venido reclamando

el cumplimiento del pacto social, exigiendo una redistribución más igualitaria de las rentas, también en el ámbito laboral. Sin embargo, ¿reside ahí el mayor problema o es solo una consecuencia de la progresiva descompensación del poder en la empresa?

Además de la redistribución de la riqueza hace falta entrar en el terreno de la democracia económica. En la inculcación de valores democráticos, y no oligárquicos, en el mundo de la empresa. Y es que el dilema está en cómo introducir aquellos elementos que posibiliten democratizar la economía y contrarrestar la privatización de la política.

La democracia económica no solo supone desarrollar iniciativas de participación y ganar espacios para la negociación colectiva, sino incidir en la organización y en las condiciones de trabajo como eje de actuación a medio y largo plazo, sobre la base de un principio sencillo, el derecho a ser informado, consultado y habilitado para expresarse acerca de las medidas que se refieran a su trabajo, que permita romper la separación entre conocimiento y ejecución, impulsando los saberes del trabajo y su actividad creativa. Ello supone aumentar la participación en la empresa. Pero también es imprescindible que la democracia económica tome decisiones que, afectando a la sociedad, operen en función del interés general y no particular, y en la que juegan un papel central aquellos nichos económicos que representan la actividad extractiva por excelencia, es decir, los sectores financiero y energético. No se trata, pues, tan solo de repartir la riqueza y garantizar el bienestar. Se trata de recuperar la decisión colectiva y compartida sobre la economía, en un equilibrio entre igualdad y libertad.

Transparencia, privacidad, participación y control son elementos clave a introducir en la era de la digitalización, y todos ellos son imprescindibles en la agenda de la izquierda. Este no es un debate menor, es entender que en estas reglas está en juego el funcionamiento democrático de la sociedad y de los nuevos parámetros de construcción cultural.

De la propiedad al uso

La nueva economía puede llevarnos a modelos productivos en los que se aumente la productividad con menor peso del vector trabajo. De hecho, en los últimos años destaca un aumento claro de la variable capital y de disminución de las rentas en el reparto de la riqueza a nivel estatal. Esta es una tendencia global. Lo determinante es el capital que se acumula, y no tanto el trabajo que se invierte, en un cambio cultural constante y continuado.

Como ya se ha planteado, la batalla está en los centros de trabajo. Pero

no únicamente. Así, si luchamos por subir salarios, debemos también saber determinar una agenda de reivindicación sobre los precios en aquello que define la *vida* de la gente; es decir, la vivienda, la energía, el agua, el acceso a la cultura, a la información y a las nuevas tecnologías.

Igualmente, debemos poder definir una propuesta sobre aquellos bienes que son comunes, ya no para poder tener acceso a su propiedad, sino a su uso. La izquierda debería poder definir una agenda que desborde el modelo actual. Y desbordar no significa negar la propiedad, sino dotar de sentido a aquello que es compartido.

Por ello es tan importante plantear una agenda en materia de movilidad. En septiembre de 2015, el Observatorio Español de Conductores (DUCIT) y el Real Automóvil Club de España (RACE) publicaron el informe *Estudio de la movilidad millennial en el futuro*. En ella se analizó a los nacidos después de 1980. Y cuando se les preguntó sobre cómo sería el transporte en cinco o seis años, el vehículo en propiedad aparecía en el puesto número 11, solo antes del taxi, siguiendo a las bicicletas, el coche compartido, el alquiler de coches por periodos cortos, etc.

Hoy podemos empezar a pensar en nuevos espacios en los que intercambiamos, y a la vez consumimos menos y satisfacemos mejor nuestras necesidades. Así, se trata de pensar lo público no solo como lo que poseemos en común sino aquello que hacemos y usamos en común. Ahí es donde debería situarse la "economía colaborativa", a pesar que esta ha acabado por ser una palabra corrompida por una economía explotadora que, bajo la etiqueta de la "colaboración", ha encontrado nuevos marcos de explotación. Lejos de ello, la (buena) economía colaborativa debe ser capaz de movilizar recursos infrautilizados de carácter privado para un aprovechamiento colectivo y público, y ello debe ser también uno de los objetivos del programa de la izquierda. Precarizar y mercantilizar la vida es lo que debemos evitar, mientras que movilizar el uso de lo cotidiano debe ser considerada una buena guía de acción y de políticas.

En esta agenda, habrá que repensar muchos temas. En primer lugar la fiscalidad, ya que hoy está asociada al valor de la propiedad, y va siendo hora de repensarla a favor de la una fiscalidad vinculada a los usos de "las cosas". En el libro *Microcracia*, de José Manuel López, que aporta numerosa información y elementos de reflexión, se abre la oportunidad de que la fiscalidad, tan vinculada a quien es propietario del objeto fiscalizado, se vincule al uso y no tanto a la adquisición de mercancías y servicios.

Capítulo 8

Feminismo

El feminismo desempeña un papel principal y singular en la construcción cultural del siglo XXI. Durante siglos, las mujeres, más del 50% de la población mundial, han ocupado una posición de subalternidad respecto a los hombres. Desde la esfera cultural, literaria, científica e histórica, en las que esta condición puso no solo multitud de trabas al acceso que tuvieron a ellas las mujeres, sino a la visibilidad de los logros y creaciones realizadas por estas, que han sido borrados sistemáticamente de la memoria y el reconocimiento colectivo, hasta la subalternidad en el ámbito doméstico e íntimo.

La reivindicación feminista es sobre todo un cambio cultural que afecta no únicamente al ámbito público, sino que penetra en la esfera personal, familiar y cotidiana. El conocido lema de los años sesenta "lo personal es político" amplió el marco de lo que se consideraba el terreno propio de la política, para incluir no sea solo lo público, sino lo cotidiano, y eso tiene un valor extraordinario. Poner la sexualidad, el cuerpo, el trabajo doméstico y los cuidados de las personas en la agenda social y política ha sido, sin duda, uno de los principales logros del feminismo, en particular desde los años sesenta y setenta. La fraternidad debe necesariamente incorporar la idea del cuidado, como se ha reivindicado desde hace décadas desde el feminismo.

Más allá de la emergencia del movimiento social, en el contexto del Mayo del 68 y las movilizaciones estudiantiles y por los derechos civiles, desde, por lo menos, los inicios del siglo XX, las mujeres han protagonizado una revolución, un cambio profundo en la organización social y cotidiana con mayor y menor intensidad en muchos rincones del planeta. Esa "revolución tranquila" en España está viviendo una aceleración y tiene una especial trascendencia en múltiples expresiones cívicas, con las movilizaciones del 8 de marzo, y políticas, con la

constitución de los plenos más paritarios a nivel municipal, autonómico, estatal y europeo. Aunque determinados ámbitos se resisten al cambio, como el mundo de la empresa o de la judicatura, la diferencia con lo que pasaba hace no tanto tiempo es la negativa a la normalización de la desigualdad de género en la esfera pública y la denuncia del sexismo en la vida cotidiana. Realidades que parecían "naturales" no hace tanto tiempo —como la falta de respeto y la violencia— son hoy discutidas en la opinión pública y en la sociedad.

De hecho, no es nada casual que la reacción más virulenta de la derecha se dé en su rechazo a las políticas de igualdad. Cuando se niega la violencia machista y se quiere definir la violencia como "familiar", eludiendo los elementos patriarcales que existen en ella, la derecha, toda la derecha que asume dicho discurso, está entrando en un debate de percepción cultural. Decidir si la violencia es familiar o machista no es un debate semántico, es optar por una interpretación del mundo en la que bien se normaliza la subordinación de las mujeres, bien se sostiene que mujeres y hombres debemos ser libres e iguales, más allá de nuestras diferencias.

Así, hoy el feminismo supone asumir la feminidad, la política de los cuidados, el vivir (y disfrutar) de lo cotidiano, y es uno de los mayores cambios que pueden protagonizar y compartir hombres y mujeres. Es un reto para los hombres, que implica modificar hábitos cotidianos, mirarse al espejo y preguntarse qué hacemos, cómo lo hacemos y cuáles son los privilegios que tenemos, aun sin ser conscientes de ellos. Y si somos mínimamente críticos deberemos acabar por revisar muchas de nuestras actitudes cotidianas y nuestra noción de masculinidad. También lo es identificar y cuestionar públicamente múltiples decisiones que apartan o minusvaloran a las mujeres por un sesgo de género, o directamente por sexismo.

Es fundamental entender que los espacios compartidos y por compartir, como la maternidad y la paternidad, la cultura del cuidado y la esfera afectiva, son de todas y de todos y que debemos saberlos compartir: la sociedad no funciona si no nos concebimos como seres con necesidades —en la infancia, en la vejez, en la enfermedad, pero también en los periodos de nuestra vida en que siempre nos han dicho que éramos seres autónomos porque participábamos en el mercado de trabajo— para lo cual, por lo tanto, los cuidados son un elemento clave de la sostenibilidad social, de la que cada individuo debe hacerse corresponsable en su entorno y comunidad, y el conjunto de la sociedad a través de las instituciones públicas.

Es esta, por tanto, una lucha cultural, pero que se combina también con lo material. Así, mientras que en el terreno discursivo y movilizador el feminismo ha ganado protagonismo, como atestigua la presencia de

mujeres en nuestros parlamentos e instituciones, y en el que se han dado pasos decisivos, en el ámbito de lo material, de lo económico, es donde hay más por hacer. La presencia femenina en puestos directivos es anecdótica, y cuando esta llega se da a partir, frecuentemente de la asunción de hábitos y normas de actuación masculinas. En los últimos años, diversos estudios acreditan la brecha salarial entre hombres y mujeres, en paralelo al veloz incremento de la presencia de las mujeres en el mercado laboral en las últimas décadas, cuando en España salimos del férreo régimen nacional católico del franquismo que obligaba y relegaba a las mujeres a la domesticidad hasta bien entrados los años sesenta. Actualmente las mujeres disponen de un salario un 24% inferior al de los hombres, ocupan puestos con menor responsabilidad y tienen contratos más inestables y duplican a los hombres en las jornadas a tiempo parcial. La brecha se amplía en el tramo de los 26 a los 45 años, etapa en el que muchas mujeres priorizan su etapa reproductiva mientras que los hombres, inversamente, aumentan su dedicación al ámbito laboral. Así, las mujeres se alejan del mercado laboral, con contratos a tiempo parcial e incluso interrumpiendo su actividad. El colectivo más precario en el terreno laboral y económico, sin embargo, es el de las jóvenes, aunque sea con una menor desigualdad con respecto a los varones de su grupo de edad.

El retrato final es el de una sociedad con índices de natalidad bajísimos —1,34, el más bajo de la UE—, en la que solo un tercio de las mujeres tienen hijos antes de los 30 años. Estos datos demuestran que mientras nuestro país ha experimentado un cambio cultural, permanece estancado el que concierne a la realidad material de la mitad de la población. Las desigualdades económicas pasan por una sobrecarga de trabajo doméstico —realizado gratuitamente— y una falta de trabajo remunerado, con consecuencias nefastas no solo entre las mujeres adultas, sino especialmente para las de mayor edad, sin derechos económicos propios, en una sociedad que menosprecia el cuidado que estas han procurado y ahora necesitan, y un Estado que mira hacia otro lado, condenándolas a la exclusión y la pobreza en la última etapa de su vida.

Desde luego, y este ha sido también una aportación del feminismo al debate público, las desigualdades de género no se producen igual entre todos los colectivos de mujeres y hombres. Además de la edad, otros factores, en particular el origen, redundan en una expresión específica y particularmente cruel de la desigualdad. Realidades migratorias en las que se produce la segregación por género condenan a las mujeres a situaciones de extrema precariedad, exponiéndolas incluso a formas de esclavitud moderna y de violencia sexual (el caso más evidente es la trata para la prostitución, pero también afecta al sector doméstico o agrícola). La intersección entre género y otros factores de desigualdad genera situaciones específicas de subalternidad y violencia de las que apenas

empezamos a ser conscientes (por ejemplo, la gran mayoría de mujeres con discapacidad ha sido víctima de violencia machista).

Así, nos encontramos con una preocupante falta de correspondencia entre el alcance del feminismo y sus movilizaciones y la realidad material de la desigualdad entre mujeres y hombres en España. Algo que solo se puede solventar con una agenda que ponga la atención real y efectiva en una política activa en los cuidados, además de una apuesta por la transversalidad que identifique la falta de reconocimiento o voz de las mujeres en todos los ámbitos. Así, mientras en otras latitudes el Estado de bienestar ha desarrollado políticas en la educación infantil, el cuidado de los mayores o la atención a las personas en situación de dependencia, en España la falta de recursos ha hecho que se haya desarrollado el denominado como "cuarto pilar del Estado del bienestar" de forma precarizada, sin el respaldo de políticas estatales adecuadas. Para poder desarrollarlas es necesaria una reforma fiscal profunda, que permita atajar la diferencia fiscal de 8 puntos menos de recaudación fiscal respecto a las media de la UE. Se necesita más dinero en las arcas públicas. Y ese dinero debe ser gastado con perspectiva de género.

Capítulo 9

¿Puede haber izquierda sin una propuesta territorial y sin un planteamiento europeo y global?

Tras la reflexión sobre el marco cultural de la digitalización y el feminismo, y como afectan a la izquierda, quisiera abrir el debate de si la izquierda puede aspirar a ser mayoritaria en España sin encarar el debate de la propuesta territorial.

La propuesta territorial creo que debe plantearse dos cuestiones. La primera, concierne a la articulación territorial en España, uno de los vectores de construcción identitaria y política. En este sentido, la izquierda debe afrontar el debate haciendo una propuesta que reconozca una España real y, por tanto, pluricultural, plurinacional y plurilingüística. La segunda cuestión apunta a la necesidad de una izquierda que aborde dicho debate en el marco europeo. Si hablamos de soberanía, hay que dejar claro que hoy necesitamos de un proyecto de recuperación de soberanía ante las imposiciones de los mercados, y que no hay agenda soberana y democrática si no es a escala europea. Todo lo que sea limitarse al marco del Estado nación significa la imposibilidad de lograr una propuesta de articulación soberana.

Pero vamos por partes. Hoy, como ayer, España, el territorio más pluricultural y plurilingüístico de toda Europa, a pesar de disponer de un modelo de Estado compuesto, no reconoce el sentimiento de sus conciudadanos y conciudadanas, un sentimiento plurinacional. Y de hecho, el azote o el espantajo del debate territorial es uno de los factores por los cuales la derecha resiste, se mantiene y en algunos casos crece.

La cuestión es si esto es así por el debate, o si también influye que la izquierda en España no haya asumido, desacomplejadamente, una propuesta de encaje con la España real. Numerosas encuestas avalan que una gran parte de la ciudadanía española está a favor de soluciones

claramente políticas a las reiteradas tensiones territoriales. España tiene la gran asignatura pendiente de una resignificación de su identidad territorial. Es el español una parte de nuestra identidad. ¿Pero lo es el vasco, el gallego o el catalán? De hecho, la crisis catalana dibuja un horizonte en el que se cierne la amenaza de una involución, al consolidar la idea de una España unitaria y única. El elemento clave está en que la crisis territorial también debería vislumbrar la oportunidad de definir unas señas identitarias distintas al modo en que algunos vienen defendiendo su idea de España.

La unilateralidad ha sido un error pensando en la correlación de fuerzas a nivel internacional y con el Estado. Pero lo más grave es que ha ignorado la identidad de la ciudadanía catalana, llevando adelante una propuesta que fracturaba la sociedad catalana en dos y la condenaba al "empate infinito".

Pero de la misma manera que la propuesta independentista divide a la sociedad catalana, hay que decir que una propuesta de mantenimiento del *statu quo* cuenta también con un amplio rechazo en la sociedad catalana, favoreciendo el mantenimiento y enquistamiento del conflicto.

Estas consideraciones las hago como ciudadano con un claro sentimiento de izquierdas y también como catalán. Hoy Catalunya necesita salir de la situación de "empate infinito" que solo va a llevar a la sociedad catalana a la melancolía y a la impotencia. Catalunya necesita de una salida política, y para ello es necesario que los que hoy están presos por hacer algo censurable políticamente no tengan dicha sanción penal por ello. En Catalunya necesitamos la definición de un proyecto amplio, que no imponga la voluntad de una mitad de la sociedad catalana a la otra mitad ni la ruptura con el Estado ni el mantenimiento del *statu quo*. Si continuamos instalados en el "no hacer nada" situaremos a la sociedad catalana en tiempo de espera, la espera de que una mayoría se imponga a una minoría, con el agravante de que, sean cuales sean los porcentajes, tendremos a una amplia parte de la sociedad catalana en desacuerdo. Y en el mientras tanto, la sociedad catalana continuará instalada en la irresolución con respecto a las políticas culturales, energéticas, fiscales, educativas, con el claro riesgo de que, mientras el mundo cambia, una parte de la sociedad se quede al margen de dichas transformaciones.

Es por ello que hoy ser de izquierdas en España debería traducirse en reconocer la plurinacionalidad. Gestos tan sencillos e importantes como que el catalán fuese reconocida como lengua oficial de la UE, idioma entendido por muchos millones de personas en España, y hablado por multitud de personas (muchas más que los hablantes de los idiomas de trabajo de la UE), significaría un paso de gigante en lo simbólico y en lo afectivo. Avanzar en un modelo de Estado que pueda federalizar aquellas partes que así lo pretenden permitiría no solo cambiar los frágiles

equilibrios que se viven en Catalunya, también conseguiría, superado el primer rechazo de la derecha, que la agenda pasase del debate territorial al debate sobre las políticas y que, a su vez, la izquierda liderase y conectase con una idea de España que se acerca más a la España real.

Sin un programa territorial compartido por parte de la izquierda, de todas las izquierdas, la configuración de las identidades políticas en España, y no solo en Catalunya, se conformarán en gran parte en esta clave territorial, y así, la derecha tenderá a estar más representada que lo que sus valores en la propia sociedad española representan.

La segunda reflexión sobre la propuesta territorial tiene que ver con una propuesta para Europa. No hay izquierda sin una visión global —antes se le llamaba internacionalismo— y sin una propuesta para Europa y para la Unión Europea. De hecho, ante el resurgir de movimientos nacionalistas e identitarios excluyentes, ante el "nosotros solos" en multitud de elecciones locales, regionales y nacionales en toda Europa, surge un voto europeísta, global y muy verde que se expresa en el mismo momento en que emergen opciones electorales de involución.

Es más, hoy no es posible una propuesta de reapropiación de la economía si no es a escala europea. Es cierto que la UE continúa teniendo grandes defectos, y que las políticas marcadas por las instituciones frecuentemente no conectan con las políticas de solidaridad, justicia, equidad y ecología que necesitamos. La UE es capaz de borrarse ante las crisis de los refugiados. Y responsable de haber mantenido en el inicio de la actual década una política por parte del BCE encaminada a redoblar las políticas de austeridad. Pero, a la vez, es esta misma UE la que es capaz, en el denominado "paquete de invierno", de poner las directivas vinculadas a energía, de plantear un paquete de medidas relativamente coherentes y capaz indudablemente de ir más allá que la mayoría de los estados miembros.

Por otro lado, es cierto que la UE actúa de forma habitual de corsé y de excusa para la aplicación de determinadas políticas de austeridad. Pero es solo desde el marco europeo desde el que se pueden definir otras normas y reglas al propio mercado, optar por opciones estratégicas, definir un proyecto y una agenda global distinta a la planteada por los grandes polos económicos del planeta. A su vez, la propuesta territorial no solo vale concebirla en clave Estado nación. Es necesario recuperar soberanías, y esas solo se pueden producir en una escala superior al Estado nación.

A su vez, la crisis de valores que vive hoy Europa necesita de contrapuntos en el continente. Y creo que de la misma manera que las diferentes expresiones ecologistas que emergen con fuerza en Europa pueden jugar dicho papel, debería ser el Sur de Europa, y particularmente la izquierda del Sur de Europa quien liderase la reconstrucción del proyecto europeo. Los valores dominantes en la sociedad española actual

son valores “de vanguardia” en la escala continental. La fuerza del feminismo, la tolerancia de nuestra sociedad y un racismo que no se expresa con la misma virulencia que en otras latitudes son ejemplos de ello. En paralelo, nuestra agenda de políticas sociales y ambientales está por detrás de la mediana europea. De esa ecuación debería salir una propuesta del Sur de Europa a favor de una Europa democrática, justa, igualitaria y ecológica, y esa podría ser una agenda compartida por las izquierdas ibéricas, definiendo una estrategia común con Portugal, haciendo de la redefinición y reapropiación popular del proyecto europeo una seña de identidad de la izquierda sureuropea.

Capítulo 10
Sobre el cómo (actuar)

¿Cómo organizarnos? ¿Cómo articular una propuesta de izquierdas en un contexto radicalmente distinto a como lo hizo la izquierda en el siglo XX?

¿Relato o políticas?

¿Relato o políticas? ¿Pan o rosas? Sé que la pregunta puede tener trampa. ¿Qué es más importante, el relato o las políticas? Y aún más cuando uno viene de aquella izquierda que quizás no acertó en el relato.

Años después del 15M (ocho años después) podemos decir que aquella interpelación a la política preestablecida cambió algunas cosas. El activismo, la implicación de miles de personas y de jóvenes, sacudió los cimientos de la política en general, de la izquierda en su conjunto y de la izquierda a la izquierda de la socialdemocracia en particular.

Hoy, visto en perspectiva, aún no tenemos una imagen clara y fija de lo que vino después de la tormenta. ¿Hasta qué punto se ha descompuesto el bipartidismo? ¿Estamos aún transitando hacia un modelo que quizás no se configure como un modelo de partidos distinto al que habíamos tenido durante más de treinta años? Creo que la respuesta aún no está cerrada, pero entiendo que es evidente que aquellos que dieron por liquidadas las viejas estructuras partidarias mayoritarias en la derecha y en la izquierda, pueden observar hoy la importancia de las organizaciones en la consolidación o la resiliencia de un proyecto u otro.

En un artículo de Aleix Romero titulado “Menos activismo, más militancia” (*El Salto*, 21/7/19), se describía como se había apreciado un “cambio en la política: la paulatina desaparición de la militancia. Los partidos se han ido vaciando de aquellas personas que ayudaban a crear

tejido orgánico, deviniendo en maquinarias que únicamente se movilizan en coyunturas puntuales —es decir, electorales— y siempre de cara a la opinión pública. Lo mismo, o algo parecido se observa en agrupaciones no partidistas". En dicho artículo se explica como en los últimos años definirse como activista ha pasado a ser infinitamente mejor visto que definirse como militante, caracterizando a este último como alguien abnegado sin conciencia crítica y poco creativo.

Así, el nuevo marco cultural en que se mueve la política en general, y la izquierda en particular, da pie no solo a una política más líquida sino a una mayor inmediatez de la acción, en detrimento de opciones más estratégicas.

Un relato de hegemonía cultural, no de 'storytelling'

También es cierto que la denominada "nueva política" supo conectar con el momento de indignación, con un relato que fue más allá de las fronteras tradicionales de la izquierda preexistente. Y es por tanto cierto que, sin relato, no somos capaces de superar dichos límites en los que se mueve la izquierda.

Pero al lado de ese reconocimiento creo que un exceso de "relato" acaba suponiendo el descuido por las políticas, por la capacidad de transformar las condiciones materiales (pero también culturales) de la ciudadanía, por el detalle en el análisis y la propuesta. Es más relevante el titular que la propuesta.

Necesitamos de una izquierda que recupere el gusto por las políticas y, por tanto, por la necesidad de articularlas, estudiarlas y proponerlas. Y es que tras ampliar las fronteras clásicas de la izquierda, hay necesidad de demostrar que son posibles unas políticas distintas mediante una articulación legal, reglamentaria, fiscal, etc., para realizarlas. No basta aquí el relato, sino la demostración fáctica de que se pueden hacer dichas políticas de otra manera. Ello exige un requisito fundamental: el gusto por el detalle. Pondré un ejemplo para ilustrar la reflexión. En los últimos años he escuchado en más de una ocasión hablar sobre la oportunidad de crear una empresa pública de energía, e incluso la posibilidad de nacionalizar las existentes. No niego tal posibilidad. Pero a nadie se le escapa que dicha propuesta podría suponer que algunas eléctricas enajenasen sus activos a precio de oro. El gusto por el detalle se debería traducir en una explicación y en una propuesta para garantizar la competencia entre eléctricas como sucede en Holanda, donde un mismo grupo no puede acaparar las funciones de producción, distribución y comercialización eléctrica,

consolidando en un territorio una absoluta posición de dominio. El gusto por el detalle debería traducirse en la necesidad de poner en la agenda un modelo distinto en la definición del precio de la energía al del modelo marginalista vigente —donde el generador de electricidad vende su energía al precio de la última energía que entra en el mercado y que causa un elevado sobrecoste al consumidor. El gusto por el detalle sería incluir en la agenda la necesidad de un modelo de subastas de energías renovables que permitiese bajar el precio de la generación de la electricidad, hacer participar de la inversión a mayor número de actores y lograr una mayor implicación ciudadana en el desarrollo de las renovables. Pero hay veces que preferimos quedarnos con un simple titular que abordar la complejidad. Hablar de una empresa pública de energía es más sencillo que encarar la complejidad de las propuestas que pueden mejorar el funcionamiento del sector. Es muy posible que incluso algunas medidas no se puedan materializar a corto plazo, pero se trata de definir ideas y propuestas capaces, en un determinado momento de crisis, de cambiar el marco de las políticas vigentes.

¿Falansterios o programas de cambio?

Además, es imprescindible superar la tentación al falansterio, refugio habitual ante la impotencia de definir una agenda de cambio. Falansterios que surgen del socialista utópico Fourier, y que devienen pequeños espacios de libertad sin voluntad de incidencia en la sociedad. Muchos de nosotros formamos parte de “pequeños” y no tan pequeños falansterios donde consumimos, pensamos y nos relacionamos de una forma distinta. Pero es cierto que muchas veces no somos capaces de superar los límites más cerrados de nuestro entorno.

No estoy negando la necesidad de refugiarnos en estos espacios, más cuando la ofensiva de la derecha es extraordinaria, pero a la vez, una izquierda que presuma de ser transformadora debe tener el objetivo de gobernar, aun a sabiendas del riesgo de asumir contradicciones, antes que quedarse cómodamente en el espacio de confort en el que no se pueden desarrollar políticas de transformación dirigidas al conjunto de la ciudadanía.

No todo empieza ahora

Creo que otro elemento fundamental es reconocer que no todo empieza

ahora. Decir esto hoy, en 2019, parece una obviedad, pero hace apenas cuatro años no era tan evidente. Y es que en los últimos años, la nueva política ha aparecido como una ola inmensa que se abatiría contra la costa. Por el camino, muchos microorganismos que habían creado espacios de resistencia y de cambio sucumbieron ante la ola. Pero quizás valía la pena, si es que la ola conquistaba la costa. Pero la ola no llegó a la costa. Y en la resaca algunos de los organismos ya no estaban.

Con esta metáfora me refiero directamente a que la construcción de la izquierda atesora décadas de trabajo compartido, de formación de cuadros, de acumulación de inteligencia. Y que en los últimos años mucho de este activo se ha perdido. Es cierto que había cosas que sobraban, pero el problema es que en algunos casos ha acabado sobrando todo para ser sustituido por culturas políticas con nuevos vicios. Sin un reconocimiento de lo nuevo sobre lo anterior, y viceversa, no se podrá construir un espacio que permita una propuesta virtuosa para cambiar las cosas con una cierta profundidad.

Hay una expresión en catalán que dice “no tireu el nen amb l’aigua bruta”, “no tiréis al niño con el agua sucia”. En estos últimos años hemos visto como la enmienda a la totalidad de lo anterior ha hecho que se protagonizase un rechazo a todo lo preexistente, cuando lo preexistente es fruto de muchas luchas, batallas, derrotas, pero también algunas conquistas. El Estatuto de los Trabajadores no fue una concesión graciosa, sino la conquista de un movimiento obrero que en determinados momentos de nuestra historia ha sido lo suficientemente fuerte como para imponer reglas y derechos.

El régimen del 78
o la “correlación de fuerzas”

Me gusta recordar aquí la expresión del “régimen del 78”, a la que frecuentemente se recurre para impugnar todo lo anterior, como si todo lo pactado en el 78 hubiese sido un error. Así, es mucho más sencillo responsabilizar al “régimen del 78”, como un momento constitutivo de la mayoría de los males, que a la insuficiente correlación de fuerzas para hacer una posible interpretación abierta de la Constitución. Con ello no quiero discutir las claras insuficiencias del marco constitucional ni los candados que existen para su reforma. Pero podríamos poner multitud de ejemplos que evidencian que el problema no está en el texto constitucional, sino en la correlación de fuerzas necesaria para abrir el texto. Así, cuando hablamos de memoria democrática y de la confusión entre perdón y olvido, el problema no está en el texto, sino en la

construcción de los ochenta en la que el pacto democrático se dibuja como un acuerdo de elites y no como un marco de conquista de derechos. Cuando decimos que se ha confundido el perdón con el olvido, el problema no está en la ley de amnistía sino en la no reivindicación de la lucha antifranquista ya en los años ochenta. Cuando hablamos del funcionamiento democrático de la economía ignoramos los principios rectores de la Constitución que podrían haber albergado un desarrollo posterior. Cuando encaramos el debate territorial obviamos que hoy una consulta pactada podría encajar con el marco constitucional, y que un modelo de federalismo que reconociese la plurinacionalidad sería compatible con una Constitución que abrió la puerta al término nacionalidad. Pero hay veces que hemos preferido instalarnos en el cliché del régimen del 78 antes que repensar como articulábamos otra correlación de fuerzas. Hemos confundido la petrificación de la Constitución, y por tanto su amenaza de muerte, con el pacto constitucional, fruto de una correlación de fuerzas que lo que intentó es avanzar, a sabiendas de la extraordinaria capacidad de movilización de las izquierdas y particularmente de la clase obrera (como se demostró tras la muerte de los abogados de Atocha), y a la vez de su insuficiencia a la hora de derrotar al régimen. Pongo este ejemplo porque entiendo que son muchas las ocasiones en las que nos refugiamos en el lenguaje, en las construcciones de relatos que den un nuevo significado, porque es más sencillo que afrontar la necesaria reconfiguración de las relaciones entre las fuerzas, tarea esta mucho más titánica. No, el problema no está en la Constitución, con partes de la misma que, de aplicarse, supondrían una auténtica agenda de transformación; el reto, mucho más profundo, está en la correlación de fuerzas para aplicar de forma abierta y transformadora nuestras normas.

Las ideas no viven sin organización

La otra idea que es fundamental es la necesidad de organización. De una organización y de una manera de organizarse, si se quiere distinta a como la hemos conocido hasta ahora, pero organización al fin y al cabo.

En los últimos años se ha suplido la organización por la adhesión a la persona. Y eso ha llevado a suplantar las dinámicas organizativas por simples adhesiones personales. Así, se han acabado por sustituir las dinámicas organizativas y los “anticuados” órganos de dirección por círculos de afinidad a los líderes, donde lo relevante era la adhesión al o a la líder por el órgano de dirección, que a la postre es un órgano no solo de dirección, sino de deliberación.

Ello ha supuesto no solo dinámicas más líquidas, sino más volátiles y menos sólidas, que introducen arbitrariedad en las decisiones. Pero el reto continúa siendo cómo construir hegemonía cultural, y para ello es necesario no solo ganar la batalla de las redes, sino dar (aunque no siempre signifique ganar) la batalla de los barrios, de los centros de trabajo, de las escuelas, de los espacios de convivencia.

Es cierto que introducir dicha dinámica no es fácil. A quien lidera un espacio sin organicidad le resulta más práctico mantener la inorganicidad para poder continuar manteniendo el control, pero lo cierto es que a su vez la falta de organización acaba siendo un límite en el mantenimiento o ampliación de su influencia. A ello se le suma el poder simbólico de la consulta, también interna. Es más práctico llevar a consulta interna cualquier decisión, por difícil o insólita que parezca, que crear un marco de deliberación. Pero es lo segundo lo que permite crecer mucho más a los miembros de cualquier organización que la consulta. La consulta no permite en general las decisiones matizadas. La discusión y la decisión obligan a la construcción de un consenso, y es en muchas ocasiones mucho más rica. Resulta mucho más difícil configurar una lista atendiendo a criterios de representación de diferentes sectores, que ir a la fórmula de primarias para casi todo o de lista en plancha (en la que el que gana impone sus candidatos).

Podría poner multitud de ejemplos. Y es cierto que las dinámicas de hiperliderazgos han permitido superar los límites tradicionales de las organizaciones preexistentes. Pero una vez se supera dicha frontera, ¿es posible continuar dando esa batalla sin dinámicas organizativas que permitan deliberar, decidir y después actuar en el territorio en el que se lucha por materializar dichas ideas?

A pesar que en los últimos años se ha llegado a discutir si las organizaciones serían sustituidas por meros movimientos sociales, una vez pasada la ola de la nueva política, se demuestra que el peso de las organizaciones es relevante. Lo está siendo en el campo de batalla de la derecha entre PP y Cs, y sin lugar a dudas lo está siendo en el campo de la izquierda. Un candidato puede hacer una buena campaña puntualmente, pero lo relevante, lo que queda y permanece, tiene mucha relación con las organizaciones existentes.

Sin trincheras

Otro de los ingredientes que necesitamos es una izquierda sin trincheras con las otras izquierdas. Y lo digo desde mi trayectoria. Dirigente durante muchos años de ICV, diputado y portavoz de IU-ICV y presidente del grupo

parlamentario de ICV-EUiA en el Parlament. Y tras mi salida de la política, y a propuesta de la ministra Teresa Ribera, director general del Instituto por la Dirversificación Energética, en un gobierno del PSOE.

Hoy, más que nunca, necesitamos una izquierda que no tenga trincheras con sus otras izquierdas. Que empatice con el otro. Que asuma que más allá de la legítima aspiración de cada uno de los actores a superar o a crecer a costa de, se necesita del otro. Hoy el espacio socialdemócrata necesita de lo mucho que le puede aportar el ecologismo o los espacios que están a su izquierda, por la necesidad de romper el *statu quo*, de ir más allá de lo que nunca ha ido. Mientras que la socialdemocracia puede aportar capacidad de gestión y una dosis de realismo, imprescindible para cambiar la realidad. Como recordaba Aitor Esteban a Pablo Iglesias en el fatídico debate del 24 de julio de 2019, el asalto a los cielos se conquista de nube en nube. Muchas veces, el camino más recto para cambiar la realidad es trazando curvas, teniendo bien presente la correlación de fuerzas en cada momento, y a la vez sin desviarse del objetivo al que se quiere llegar.

El equilibrio es frágil, porque son muchos los que haciendo curvas han acabado llegando a la estación de destino incorrecta. Pero al mismo tiempo hay que entender que lo revolucionario… es avanzar.

Lo revolucionario es avanzar

Hace más de diez años. En el final de la primera legislatura de Rodríguez Zapatero, me encontré con la duda de si apoyar la Ley de la Memoria Histórica finalmente acordada con el Gobierno y el grupo socialista. La ley contenía avances y claras carencias. Se lograba introducir la memoria colectiva —frente a la memoria individual; se establecía una arquitectura institucional para iniciar una política de memoria colectiva, e incluso abríamos una puerta para la anulación de los juicios por la represión franquista. Pero la ley era insuficiente. En la negociación habíamos conseguido que el Valle de los Caídos fuese un espacio de la memoria, y así se había incorporado en el redactado, pero en el último minuto el texto saltó por un diálogo abierto entre benedictinos del Valle de los Caídos, de Montserrat, Duran i Lleida y la propia vicepresidenta —Duran i Lleida lo negó, pero está recogido en el diario de sesiones—, y lo más relevante, no se incorporaba la nulidad de las sentencias. Aquellos días, y particularmente aquellas noches, tuve la duda de si apoyar o no aquel texto. De los pros y los contras. Y ciertamente, la tentación electoral era apostar por el desacuerdo. A las puertas de las elecciones podríamos decirle al PSOE que no había cumplido —vistos los magros resultados de las elecciones de 2008 podríamos haberlo hecho, aunque creo que no

hubiese cambiado mucho la cosa. En esta tesitura, y para decidir qué hacer, opté por ir a hablar con Miguel Núñez. Miguel era un hombre bueno. Con una acumulación de penas en cárceles españolas de más de 20 años durante el franquismo, había sido torturado salvajemente por los hermanos Creix en los bajos de la comisaria de Via Laietana. Había sido dirigente del PSUC y del PCE y diputado en las primeras elecciones. Y después había vuelto a tener otra vida, como fundador de Acsur-Las Segovias, construyendo políticas de cooperación en toda Centroamérica. Años después, este madrileño-catalán decidiría venir a morir a Catalunya como acto militante en favor de una muerte digna, ante las limitaciones prácticas existentes en la Comunidad de Madrid por aquel entonces. Y Miguel —con quien charlaba a menudo— me escuchó, le expliqué como estábamos y me dijo algo tan simple como que lo revolucionario es avanzar. Y añadió, "y no porque lo dijese la Pasionaria o mucho antes Lenin, sino porque es el sentido común de la izquierda".

La batalla de las ideas

El pedagogo brasileño Paulo Freire siempre incidió en que no es transformable aquello que no tiene nombre. Hoy, la izquierda debe ordenar, preparar y proponer la batalla de las ideas.

Esto es algo que la derecha ha cultivado en los últimos años en multitud de frentes y espacios. De hecho, la "superioridad moral" de la izquierda se ha traducido en una cierta desidia por el combate de las ideas, instalada en la creencia de que si las ideas propias son mejores, más lógicas, no deben ser cultivadas. Por el contrario, la derecha lleva años cultivando la batalla de las ideas.

Son los escenarios de crisis los que ofrecen mayor número de oportunidades. Milton Friedman escribe "solamente una crisis, ya sea real o percibida, produce un cambio real. Cuando llega una crisis, las acciones que se emprenden dependen de las ideas imposibles que haya, lo políticamente imposible se vuelve políticamente inevitable".

Y es aquí donde la derecha ha invertido con mayor decisión que la izquierda. Según Madsen Pirie, fundador del Adam Smith Institut, "había que producir ideas sencillas, que no solamente funcionaran en la práctica, sino que también ayudaran a los políticos a ser reelegidos".

En otras latitudes, la creación de nuevos medios de comunicación ha tenido una incidencia extraordinaria a la hora de moldear no solo la opinión pública, sino los sentimientos de esta. Este es el caso de FOX en Estados Unidos y como ha influido en la agenda política y en la definición de un marco de pensamiento.

Por el contrario, da la sensación que la izquierda no es capaz de definir espacios compartidos de reflexión, análisis y propuesta. Cierto es que la derecha dispone de recursos económicos y financiación. ¿Pero no debería la izquierda ser capaz de definir espacios compartidos, incluso más allá de las fronteras de un partido político o una familia política?

Así, mientras la batalla del relato de la izquierda se sitúa en muchas ocasiones más en el *storytelling*, el arte de contar una historia usando lenguaje sensorial presentado de tal forma que trasmite a los oyentes la capacidad de interiorizar, comprender y crear significado personal de ello, de emocionar, la batalla del relato de la derecha se libra también en la inversión en *think tanks* que ayudan a crear marcos conceptuales y culturales hegemónicos. Y esa es la senda que seguir. La izquierda debe tener la osadía de crear espacios compartidos de pensamiento, elaboración y propuesta, para construir una nueva cultura propia, identificable y compartida por las diferentes culturas de izquierdas.

La cuestión es determinar el espacio desde el que hacerlo. Y lo cierto es que la izquierda no dispone de tantos marcos. El primero de ellos es el espacio del mundo del trabajo y el sindicalismo. Puede no estar muy en boga decirlo, pero la pregunta es simple: ¿hay otro espacio con vigor suficiente que articule como este la lucha por unas condiciones de vida más dignas para la gente? Es verdad que el sindicalismo deberá adaptarse a los nuevos tiempos, y a nuevas maneras de organizarse, como ya hizo el sindicalismo hace cien años cuando definió el sindicalismo de clase, y abandonó una lucha de gremio por gremio. Pero sin un sindicalismo fuerte, articulado y renovado no podremos construir un escenario para conformar una alternativa realmente progresista.

El otro espacio es el del municipalismo, un municipalismo con una agenda que exprese y represente utilidad y transformación, con un relato épico pero con capacidad para transformar la realidad cotidiana.

Actualmente, la izquierda social y política la conforman partidos, pero también las ONG y los sindicatos. Seguramente, a pesar de sus dificultades, es el mundo del trabajo, y particularmente las centrales sindicales las que disponen de mayores recursos para poder liderar dicho papel. Y a pesar que la “propaganda” sitúa a nuestros sindicatos como actores que viven de la subvención, lo cierto es que la mayor parte de sus recursos (en torno al 80%) provienen de las cuotas de sus afiliados.

En cualquier caso, es urgente la inversión, impulso y creación de *think tanks*, de espacios de reflexión capaces de generar agenda y propuesta propias, más allá del activismo y de la acción, capaces de protagonizar la batalla por las ideas, de transformar el marco, de hacer de las crisis un escenario de oportunidad para cambiar la hegemonía de las ideas. De lo contrario, lo seguirán siendo para las derechas.

Capítulo 11

Poder y deliberación

Quisiera acabar con una última reflexión: la necesidad de disputar el poder. Hoy la democracia es un auténtico enemigo de los latifundistas de capital, entre otras cosas porque se está demostrando que son los marcos democráticos, los que pueden transformar la agenda de la desposesión. Hoy estamos sometidos a enormes elementos simplificadores de la realidad. Los monopolios económicos, como antaño lo hicieron estados totalitarios, hacen una propuesta seductora según la cual la vida podría ser más simple, más clara, más sencilla para el "usuario" —ya no para el ciudadano. Pero lo que se gana en simplicidad se pierde en libertad.

De ahí la crisis de la democracia. Es cierto que hay más activismo, pero también sabemos que la mayoría vive preocupada por sobrevivir y sacar adelante sus proyectos vitales. Así, el activismo de muchos contrasta con una actitud mayoritaria entre la ciudadanía que se muestra necesariamente alejada del resto de los problemas del mundo y de su complejidad. Cuanto más angustioso es el presente inmediato, menos espacio queda para entenderlo.

De ahí que transitemos hacia marcos en que lo democrático es cada vez menos deliberativo y más plebiscitario. En ellos la intermediación y la representación cada vez tienen menos crédito, ya que sobre lo sustancial —la economía— apenas se puede hablar, habiendo una única política posible. Pericles, en el 431 a. C., nada menos que hace casi 2.500 años, definió la democracia de forma ejemplar, como el sistema donde "la administración se ejerce en favor de la mayoría, y no de unos pocos", donde los ciudadanos son iguales ante la ley, los poderes públicos están sujetos a normas y rige el principio del mérito y no del origen social en el acceso a los cargos públicos. En la visión de Pericles, la democracia no solo se basa en la eficacia utilitarista de conseguir el bien de la mayoría, algo que, al menos en teoría, el despotismo ilustrado podría lograr, sino en

alcanzar ese bien de una forma que incluya a la ciudadanía. Pero es esta inclusión la que ha saltado por los aires en el debate público.

Ser de izquierdas es disputar el poder por parte de la mayoría y a la vez conseguir hacerlo desde la deliberación y la propuesta. Hay que emocionar, pero a la vez hay que proponer una agenda de reapropiación, de igualdad, de democracia económica y de reconexión con la biosfera que consiga emocionar, pero que cambie la realidad. Y todo ello necesita de capacidad de seducir, pero también de persuadir a aquellos que solo pretenden el mantenimiento del *statu quo*. Ser de izquierdas al fin y al cabo significa asumir que no existen fuerzas impersonales que nos absuelvan de nuestra responsabilidad personal de acompañar el destino de los seres humanos. Solo cuando la gente deja de creer en la legitimidad del poderoso, su poder está en declive.

Epílogo

Desde su formulación en la Revolución francesa, la tríada revolucionaria "libertad, igualdad y fraternidad" ha supuesto una guía para el progreso de la humanidad, un faro en la lucha por la emancipación de las personas cuya luz todavía nos ilumina. Durante más de dos siglos, estos grandes valores han simbolizado los anhelos de construcción de una sociedad mejor. Una sociedad de personas libres e iguales. Y también felices.

Los movimientos emancipatorios, vinculados siempre a la izquierda política y combatidos siempre por las fuerzas reaccionarias y conservadoras, han reflexionado mucho sobre la igualdad y la libertad. Más sobre la primera que sobre la segunda, por cierto, dejando injustificadamente la defensa de la libertad —salvo en los momentos históricos de lucha contra las dictaduras— en manos de una derecha que, apropiándose de su nombre, la ha vaciado de contenido y la ha usado como instrumento de opresión y de justificación de esas manos, supuestamente invisibles, que siempre acaban sirviendo a los mismos amos.

En cambio, pocas veces la izquierda ha centrado su mirada en el tercer concepto, la fraternidad. Y eso a pesar de ser esencial en la génesis de los movimientos de transformación. Dicho de otra manera, nada relevante, nada que haya mejorado la vida de la gente corriente, nada que nos haya puesto la piel de gallina ha empezado nunca sin previamente haber existido un sentimiento profundo de hermanamiento, de calzarse los zapatos del otro, en definitiva, de fraternidad.

La fraternidad constituye el núcleo fundacional de la izquierda o mejor dicho, de las izquierdas. Así aparece ya en su formulación inicial, digamos clásica, que soñaba —y proclamaba— la unidad de todos los proletarios del mundo, y así se mantiene en sus expresiones contemporáneas, como puede ser la de un barco que salva vidas de náufragos y náufragas en el Mediterráneo.

La fraternidad es un hilo conductor, intangible pero indestructible, que

nos comunica entre nosotras y nosotros en la actualidad. Y también nos conecta con nuestra historia. Un hilo que une el título de la canción universal que simboliza la lucha histórica de la clase trabajadora con el grito actual de una adolescente nórdica que pone sobre la mesa la necesidad de trabajar hoy el futuro del planeta de mañana.

La izquierda, siempre tan solemne, siempre tan grave, tiene tendencia a pensar demasiado en los grandes conceptos, en las grandes gestas, en las Revoluciones (con mayúscula), olvidando que esas grandes gestas, muchas veces, son las cotidianas, que las revoluciones (con minúscula) son las que construyen la felicidad de cada día y de cada persona, entre otras cosas porque las grandes gestas jamás han dado respuestas a la gente de a pie. En consecuencia, debería ser esa política de la felicidad de todos los días el principal objetivo de las izquierdas.

Y es que esta felicidad cotidiana tiene mucho que ver con la fraternidad, con la solidaridad, con el amor. Y en eso centra su mirada Joan Herrera en este opúsculo, como él mismo lo define. El amor entre nosotros y nosotras, como seres humanos que nos miramos a los ojos y nos reconocemos, pero también el amor por el entorno, por nuestro entorno sin el cual no somos nadie, el planeta que compartimos y en el cual y por el cual vivimos. El amor, en definitiva, por el futuro de quienes vendrán después.

Confieso que me emociona una reflexión sobre las izquierdas y el amor. Como espero que les emocione a ustedes. Porque no se trata de un amor abstracto, de una fraternidad etérea, sino de su necesidad práctica, de su impacto en nuestra vida real, de aquello que nos hace respirar. De su necesidad para nuestra propia supervivencia física y moral.

Hablar, por ejemplo, de la sociedad de los cuidados a la cual nos encaminamos, de la sociedad de personas que cuidan de personas, como hace Herrera, es hablar de economía social, de creación de nuevos puestos de trabajo, de oportunidades de investigación aplicada. Pero, sobre todo, es hablar de garantizar la igualdad de oportunidades, de consolidar la libertad de uno mismo o de una misma. Y es, en resumen, hablar de fraternidad. Pero también de poner en valor la única actividad verdaderamente imprescindible para la vida humana. Durante milenios la actividad que garantiza la continuidad de la vida —crianza, cuidado de mayores y personas enfermas o vulnerables— ha sido menospreciada por el mero hecho de ser ejercida mayoritariamente por mujeres. Hoy no computa en el PIB. Sin embargo, la vida es imposible sin ella.

Por lo tanto, las izquierdas fraternas (o en su equivalente femenino, de sororidad) son también aquellas que construyen identidades cívicas que fomentan el patriotismo de la gente. Un patriotismo necesario basado en la defensa de las libertades civiles y los derechos sociales, que son patrimonio de toda la humanidad. Un patriotismo alejado de retóricas huecas y de las

banderas que algunos usan para cercenar derechos, separar naciones y oprimir personas. Un patriotismo inclusivo, y no excluyente.

Una izquierda fraterna, como se apunta en este libro, es la que frente al discurso dominante del miedo propone la alegría, y para combatir el odio que se pretende inocular utiliza el antídoto del amor.

El miedo y el odio son sentimientos primarios muy poderosos. Precisamente por eso los poderosos los usan como armas de manipulación masiva, porque activan directamente los resortes más viscerales de las personas en situaciones de crisis, de vulnerabilidad, de inseguridad. Pero hay sentimientos que los pueden vencer, porque son comunes a todos los seres humanos y son más poderosos: la alegría y el amor. Ningún sentimiento es más poderoso que cualquiera de ellos.

En este libro se analizan de manera muy detallada los nuevos (en realidad no tan nuevos) elementos que forman parte de la izquierda del siglo XXI: el feminismo y el ecologismo. El feminismo forma parte indisoluble de la lucha por la igualdad y, en la medida en que nos libera a las mujeres de las estructuras patriarcales que afectan también a los hombres, atrapados en roles que amputan sus emociones, podría decirse que el feminismo está preñado de libertad, igualdad y fraternidad/sororidad.

El otro vector es el ecologismo, la defensa de nuestro medio y entorno, la lucha por la supervivencia del planeta tal y como lo conocemos. Por ello son tan pertinentes las reflexiones que hace Herrera sobre la necesaria transición ecológica y los cambios de hábitos de vida, de consumo, de propiedad, etc.

Y es que, como se destaca a lo largo de la obra, los dos grandes retos a los que tenemos que hacer frente, a escala planetaria, son la desigualdad (resulta insoportable el incremento de las desigualdades, con las consiguientes bolsas de pobreza, marginación, injusticia, vidas perdidas, etc.) y el cambio climático. Ambos hechos van unidos. En realidad son inseparables y son consecuencia directa de un sistema económico que depreda territorios y personas. Y van unidos porque aquellos que maltratan a las personas también maltratan la tierra. Un sistema en el que cada vez más unos pocos acumulan cantidades ingentes de bienes materiales y recursos naturales en perjuicio de la inmensa mayoría. Y esta deriva es, literalmente, insostenible en términos éticos, sociales, económicos y ambientales.

El libro aporta abundantes datos, referencias, informes y bibliografía que refuerzan estas ideas. No se trata, por lo tanto, de reflexiones basadas en intuiciones o sospechas, sino en la solvencia que aporta la ciencia y los organismos internacionales de referencia. Cualquier análisis desapasionado de toda la información aportada nos lleva a una conclusión: el aumento de las desigualdades y la depredación del territorio para su acaparamiento en

unas pocas manos, unido al mal uso (o al abuso) de recursos naturales, son la causa de guerras, movimientos migratorios forzados y catástrofes naturales, que no son resultado de una plaga mandada por los dioses, sino consecuencia de actos humanos.

Pero este libro no se limita a teorizar ni a lanzar sermones desde un púlpito, algo muy propio de la tradición de la izquierda, tan próxima muchas veces al dogmatismo que dice combatir. Joan Herrera no es un teórico. Joan Herrera es un militante. Como yo. Eso es lo que me apasiona de él o lo que me hermana con él. Nos conocemos desde hace muchos años. Hemos compartido mucha política, ideas, risas y algún desasosiego, en definitiva, tanta vida… Puede pasar una eternidad sin que coincidamos —si es que la eternidad existe—, pero cuando volvemos a vernos siempre es como volver a casa. Herrera es ese hombre con el que no se necesitan preámbulos. Y eso me gusta porque me hace sentir serenidad, que tanta falta hace en estos tiempos convulsos que algunos llaman "líquidos".

Herrera es un militante y la primera labor de un militante es traducir a la práctica política aquello que se teoriza. El primer deber de cualquier izquierda fraterna, pues, pasa por serlo con ella misma y con sus otras izquierdas hermanas. De nada sirve lanzar soflamas de fraternidad y amor universal pongamos, por ejemplo, con los bosques calcinados de la Amazonia o con la selva esquilmada de Borneo si no somos capaces de encontrar puntos de encuentro y fórmulas de colaboración entre las expresiones políticas de las izquierdas. Empezando con las que tenemos más próximas, porque la construcción de nuevas identidades no comporta la destrucción de otras ni la historia acumulada justifica soberbias ni humillaciones. La izquierda fraterna se basa en el valor de la diversidad, en reconocerse en la mirada del otro y de la otra. En ser conscientes que siempre se puede aprender del otro. En comprender que las piedras que tantas veces se han usado para construir muros también sirven para tender puentes.

Y Joan Herrera nos proporciona piedras para estos puentes. Y para otros, como los que necesitamos para que la revolución digital en la que vivimos no genere nuevas desigualdades, o para que la transición energética constituya una oportunidad de riqueza económica y humana, o para que pasemos de una cultura de la propiedad a una cultura del uso, sustituyendo la posesión por el servicio.

Dicen que los intelectuales son esas personas que no buscan respuestas, sino que formulan preguntas incómodas. Quien busque aquí esa clase de preguntas no las encontrará. Y no lo hará porque Joan Herrera no pretende ser un intelectual. No es un politólogo ni un tertuliano ni un conferenciante. Joan Herrera es un Político, con mayúscula. Es un político de raza, un militante de la izquierda, de esa izquierda política que hunde sus raíces en la lucha antifranquista, en la conquista de las libertades, en la

defensa de la democracia, los derechos y los afectos. Un político comprometido con las siglas y con las causas. Un militante que no formula preguntas, sino que propone, valientemente, acciones desde la reflexión fraterna.

A ello nos convoca y a ello me uno.

MÓNICA OLTRA

Índice

PRÓLOGO
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1. EL MUNDO DE AYER (O EL MUNDO EN EL QUE YA NO VIVIMOS)
¿Nuevo sistema de partidos o vuelta al bipartidismo imperfecto?
CAPÍTULO 2. FRATERN@S O "NOSOTROS SOLOS"
CAPÍTULO 3. IGUALES
El conflicto capital/trabajo
Ganar la igualdad
CAPÍTULO 4. DEMOCRACIA Y LIBERTAD
La rebelión de las elites versus una mejor democracia
CAPÍTULO 5. ECOLOGISMO
El siglo del conflicto capital/biosfera
De la responsabilidad moral a la propuesta política
¿Qué hacer en caso de incendio?
Agenda urbana
La batalla está en la energía
La singularidad española
Ecologismo, de adjetivo a sustantivo
Por una transición ecológica … y justa
CAPÍTULO 6. LOS ALGORITMOS. LA DIGITALIZACIÓN Y LA NUEVA CONSTRUCCIÓN DE INDENTIDADES
¿Cuál es la influencia del algoritmo?
La cuarta revolución industrial
CAPÍTULO 7. ¿EL FIN DEL TRABAJO O EL COMIENZO DE NUEVAS FORMAS DE ARTICULAR CONTRAPODER?
De la propiedad al uso
CAPÍTULO 8. FEMINISMO
CAPÍTULO 9. ¿PUEDE HABER IZQUIERDA SIN UNA PROPUESTA TERRITORIAL Y SIN UNN PLANTEAMIENTO EUROPEO Y GLOBAL?

CAPÍTULO 10. SOBRE EL CÓMO (ACTUAR)
¿Relato o políticas?
Un relato de hegemonía cultural, no de ‘storytelling’
¿Falansterios o programas de cambio?
No todo empieza ahora
El régimen del 78 o la “correlación de fuerzas”
Las ideas no viven sin organización
Sin trincheras
Lo revolucionario es avanzar
La batalla de las ideas
CAPÍTULO 11. PODER Y DELIBERACIÓN
EPÍLOGO, por Mónica Oltra